

# La villana de Vallecas

---

Tirso de Molina

## Personas que hablan en ella:

- Don VICENTE
- Don GABRIEL
- Don PEDRO
- Don GÓMEZ
- Don LUIS
- Doña SERAFINA
- Doña VIOLANTE
- POLONIA, criada
- CORNEJO, criado
- AGUADO, criado
- LUZÓN, criado
- BLAS Serrano, viejo.

- Un ALGUACIL
- MATEO, mozo de mulas.
- VALDIVIESO
- Un HUÉSPED
- Un CRIADO

---

## ACTO PRIMERO

---

*Salen Don VICENTE y LUZÓN*

VICENTE: Llama, Luzón, a mi hermana.

LUZÓN: Según venimos de tarde,  
pues ya asoma la mañana,  
cansada de que te aguarde  
la doncella a la ventana,  
o el esclavo a la escalera,  
se habrán echado a dormir.

VICENTE: Jugué y perdí.  
Esta primera  
nos tiene de consumir  
bolsa y vida. Sales fuera  
de casa al anochecer,  
mudándote hasta las cintas,  
y, como estás sin mujer,

ya a la polla, ya a las pintas,  
damos los dos en perder,  
yo, paciencia, y tú, dinero.  
Volvémonos a cenar  
cuando sale el jornalero,  
segunda vez, a almorzar.  
Llamando al alba el lucero,  
aguárdate mi señora,  
que, en fe de lo que te ama,  
sin ti lo que es sueño ignora,  
dando treguas a la cama  
y nieve a la cantimplora.  
Entras con llave maestra,  
cenas a las dos o tres,  
duermes hasta que el sol muestra  
el cahiz al reloj que es  
tasa de la vida nuestra.  
Si la campana te avisa  
de nuestra iglesia mayor,  
cuando es fiesta, oyes de prisa  
a un clérigo cazador,  
que dice en guarismo misa.

Hincas encima del guante  
una rodilla, y sobre él  
más que rezador, mirante,  
volatines de un coredel  
pasan cuentas cada instante;  
que, de oraciones vacías  
como cuentas las llamaron  
la dan, por no estar baldías  
más de las damas que entraron,  
que de las Ave-Marías.  
Oyes a don Juan mentiras;  
mientras alza el sacerdote,  
a doña Brígida miras;  
si te dio cara, picóte;  
si no te la dio, suspiras;  
y apenas la bendición  
con el *Ite, missa est*  
da fin a la devoción,  
cuando salís dos o tres,  
y, en buena conversación  
el portazgo o alcabala  
cobrando de cada una,

la murmuración señala  
si es doña Inés importuna,  
si doña Clara regala,  
si se afeita doña Elena,  
si ésta sale bien vestida,  
si estotra es blanca o morena.

¡Mira tú si es esta vida  
para un *Flos Sanctorum* buena!

VICENTE:        Lo que se usa, no se escusa.  
Eso se usa. Llama ahora.

LUZÓN        De perdidos es tu escusa.

¡legue a Dios que mi señora  
nos dé una vez garatusa!

Abre, pues que tienes llave.

VICENTE:     ¿De qué sirve, si despierta  
me espera, y que vengo sabe?

LUZÓN:       Oye: abierta está esta puerta.

Para tan honesta, grave,  
y amiga de estar cerrada,  
mucho es que a tal hora tenga  
patente en la calle entrada,  
para que cualquiera venga.

VICENTE: Serán de alguna criada descuidos, o habrá sentido que venimos. Entra allá.

*Vase LUZÓN*

Casa sin padre o marido  
es fortaleza que está  
sin alcalde apercebido.  
Quedando por cuenta mía  
mi hermana doña Violante,  
mucho mi descuido fía  
del natural inconstante  
de una mujer, que podría  
abrir puerta a la ocasión  
con la que le da mí juego.  
Hechizos los naipes son;  
que poco hay de juego a fuego.  
¡Encantada ocupación  
es la de un tahir! ¡Qué olvido  
en todos causa el jugar!



Decía un bien entendido  
que no hay honra que fiar  
en el jugador marido.

Más que amor el juego abrasa,  
porque aquél mira el honor,  
cuyos límites no pasa;  
pero ¿cuándo el jugador  
tuvo cuenta con su casa?

A ver en mí mismo vengo  
la experiencia de esto llana;  
y, si enmiendas no prevengo,  
es por ser cierta en mi hermana  
la satisfacción. que tengo.

*Sale LUZÓN*

LUZÓN:            Todos duermen en Zamora;  
sólo no he podido hallar  
a tu hermana y mi señora,  
y dame que sospechar  
la puerta abierta a tal hora,

y el hallar este papel  
para ti sobre la mesa.

VICENTE:       ¿Qué dices?

LUZÓN:               No sé; por él  
podrás ver si, en esta impresa,  
de desafío es cartel  
contra tu poco cuidado.

VICENTE:       Letra es de doña Violante.

LUZÓN:       Por la pinta la has sacado.

Brujulea, que adelante  
verás qué juego te ha entrado.

*Lee*

VICENTE:       "El poco cuidado, hermano  
mío,

que los dos hemos tenido, tú con  
tu casa y yo con mi honra, ha dado  
ocasión para que de entrambas falte  
la prenda de más estima. Mientras  
tú jugabas dineros, perdí yo lo que

no se adquiere con ellos. Un don Pedro de Mendoza, forastero en Valencia, pagó en palabras de casamiento obras de voluntad. Huyendo se va, y dice quien le encontró, que camino de Castilla; y yo de un monasterio, que no quiero que sepas, hasta que, o hallándole me vengues, o, no pareciendo, sea el silencio de mi vida remedio de mi afrenta. Dentro de este papel va la cédula que me dió de esposo; haz lo que della gustares; y, si culpas mi liviandad, reprehende tu descuido.

Doña Violante."

¡Hay desdicha semejante!  
Luzón, ¿qué es lo que he leído?  
¡Sin honra doña Violante!  
Tras la hacienda que he perdido,  
la joya más importante

pierdo también. ¡El honor  
que de mi padre heredé!  
¡El patrimonio mejor,  
que en Valencia espejo fué  
de la nobleza y valor!  
¡Por una mujer liviana!  
¡Por un juego en que, violento,  
un tahur la honra me gana!  
¿Éste era el recogimiento  
y la virtud de mi hermana?  
¡Mal haya quien confianza  
hace en el desasosiego  
de la femenil mudanza!  
¡Mal haya quien en el juego  
pone hacienda y esperanza!  
Que si en papeles pintados  
se funda todo su ser,  
livianos son sus cuidados  
y si es papel la mujer,  
llevando los más pesados  
el viento, que burlador  
mi fama deja ofendida,

bien es que llore mi error  
mi hacienda al juego perdida,  
como al descuido mi honor.

LUZÓN:           ¿De qué ha de servir ahora  
ponderar, como el perdido,  
lo que tarde siente y llora?  
Sepamos dónde se ha ido  
mi poco cuerda señora,  
y sacarás de buscalla  
el saber más claramente  
quién fué el que vino a engañalla.  
Despertar quiero la gente.

*Llamando*

¡Dionisia, Lucrecia!

VICENTE:                        Calla;  
no publiques, si eres sabio,  
la infamia de aqueste insulto;  
ten la lengua, cierra el labio;  
que, entre tanto que está oculto,

no da deshonra el agravio.  
Mientras que la noche veda  
que saque el sol a poblado  
infamias que decir pueda,  
déjame vivir honrado  
este tiempo que me queda.

LUZÓN:                      Pues,¿ qué hemos de hacer?

VICENTE:    Advierte  
en lo que me ofrece agora

la industria en la ocasión fuerte.

Don Juan de Aragón adora  
a mi hermana, y es de suerte,  
que, aunque intenta en Zaragoza  
su padre don Luis casalle  
con una señora moza,  
noble, y barona del Valle,  
que con otros pueblos goza,  
tiene en tanto la belleza  
de doña Violante ingrata,  
que, sin mirar su pobreza,  
las otras bodas dilata,  
y a éstas su amor endereza.

Toda la gente de casa,  
como tan público fué,  
saben lo que en esto pasa.

LUZÓN:        Y yo también, señor, sé  
que por tu hermana se abrasa.

VICENTE:        Oye, pues. Tú has de quedarte  
aquí con un papel mío,  
que, en fe de que sé estimarte  
por fiel, de ti mi honor fío,  
como si en él fueras parte.

Escribiré en él, Luzón,  
a doncellas y a criados,  
que de don Juan de Aragón  
los amorosos cuidados  
han llegado a ejecución  
de casarse con secreto  
con mi hermana en un castillo  
que tiene para este efeto  
prevenido, y que encubrillo  
importa, por el respeto  
que a su padre es bien tener;  
y que, en fe de esto, llegó

esta noche, sin querer  
que sepan más de él y yo  
lo que determina hacer.  
Por lo cual, sin avisar  
a nadie, a la media noche,  
a las puertas del lugar  
nos esperó con un coche;  
y yo, para asegurar  
su alboroto y confusión,  
les escribo este papel.  
Fingirás admiración,  
y que ignorabas en él  
nuestra jornada a Aragón;  
dirásle que te mandé  
que nuestra vuelta esperases,  
y el gobierno te encargué  
de casa, y con que gastases  
en mi ausencia te dejé.  
También les escribiré esto.  
Iré a don Juan de Aragón;  
diréle que, porque ha puesto  
los ojos cierto barón



valenciano y descompuesto  
en mi hermana, la he sacado  
de Valencia, y, por quitar  
la esperanza a su cuidado,  
he querido divulgar  
que en secreto se han casado  
los dos; y él, agradecido,  
mi engaño defenderá,  
y, con esto persuadido,  
en pie mi honor quedará,  
ignorado, aunque ofendido.  
Partiré luego a Castilla  
en busca de este tirano,  
que a sus pies mi honor humilla;  
y, si negase la mano  
a quien se atrevió a pedilla,  
vengándose mi esperanza,  
demostrará la experiencia  
lo que mi valor alcanza,  
y que a injurias de Valencia  
ofrece armas la venganza.

LUZÓN:            Bien me parece todo eso.

VICENTE: Ven, y daréte el papel.

¡Ay, Luzón, que estoy sin seso!

LUZÓN: Tu hermana estaba sin él,  
y dió en tierra con su espejo.

*Vanse. Salen Don PEDRO de Mendoza y  
AGUDO, de  
camino*

PEDRO: ¿Hay buenas camas?

AGUDO: De Holanda  
prometen sábanas.

PEDRO: Bien.

AGUDO: Colcha y rodapiés también  
de red, con su flueco y randa;  
dos almohadas que alistan  
lazos de azul y amarillo,  
debajo de un acerillo,  
y porque sus faldas vistan  
las manchas, de la pared,  
tres sábanas, aunque tiernas

por viejas, distinguen piernas,  
ya de lienzo, ya de, red.  
Un cielo encima colgado,  
con fluecos del mismo modo,  
que, viéndole blanco todo  
dije, "el cielo está nublado,"  
y dos doseles, que son  
adorno del aposento;  
un prolijo paramento;  
pintada en él la Pasión  
y la historia de Susana,  
con los dos viejos y el baño;  
y, al otro lado del paño,  
un San Joaquín y Santa Ana,  
y un ángel sobre la puerta  
que con las alas los junta;  
al otro un sayón que apunta  
a un San Sebastián que acierta;  
luego un San Antón muy viejo  
con su vestido de estera,  
y debajo la escalera;  
junto de él, un San Alejo.

Remátase la labor  
con la espigadera Rud,  
cual le dé Dios la salud  
al bellaco del pintor.

PEDRO: Con eso vive contenta  
aquesta gente sencilla.

No es Arganda mala villa.

AGUDO: Tiene un soto que sustenta  
con su caza y entretiene  
a sus vecinos y dueños.

Corren toros jarameños,  
que a gozar la corte viene  
por pasar por él Jarama,  
de quien sus vecinos beben  
las fuerzas con que se atreven;  
que son bravos de la fama.

PEDRO: ¿Está la maleta arriba?

AGUDO: Dando abrazos al cojín.

PEDRO: ¡Que hoy hemos de entrar, en fin,  
en Madrid!

AGUDO: Él te reciba  
con buen pie; que es menester

confesar y comulgar,  
como quien se va a embarcar,  
quien su golfo quiere ver.

PEDRO:           ¿Golfo?

AGUDO:            Y no de muchas leguas.

PEDRO:           Bien dices, si a Madrid llamas  
manso golfo de las damas.

AGUDO:            Antes golfo de las yeguas.

¡Qué mal su rumbo conoces!

¿Más que te han de marear

la bolsa luego al entrar,

si tiran sus olas coces?

PEDRO:           ¿Por qué, si a casarme voy?

AGUDO:            Tu nombre lo ha declarado.

¿De mando a mareado,

qué va?

PEDRO:            Satisfecho estoy

de que en doña Serafina

no hay recelo que me asombre,

porque, del modo que el nombre,

tiene la fama divina.

AGUDO:            Serafín bien puede ser;

mas no creo en serafines,  
que por andar en chapines,  
son fáciles de caer.

Y serafines caídos  
ya tú ves que son demonios.

PEDRO: Como aqueos testimonios  
les levantan atrevidos.

AGUDO: ¿Hasla visto?

PEDRO: ¿Cómo puedo,  
si ha un mes que desembarqué  
de Sanlúcar y llegué  
de Méjico?

AGUDO: ¿Y sin más miedo  
te vas a casar con ella,  
sus virtudes canonizas,  
su hermosura solemnizas,  
y te enamoras sin vella?

PEDRO: Escribió su padre al mío  
sobre aqueste casamiento;  
que no pudo el elemento  
del mar enfadoso y frío  
anegar correspondencias

de su pasada amistad,  
pues las que la mocedad  
funda, vencen las ausencias.  
Informóse de su estado,  
que, por ser tan conocido,  
mil testigos ha tenido,  
que a las Indias han pasado;  
de su hacienda, que es copiosa;  
de la edad, virtud y fama  
que en Madrid tiene mi dama;  
supo que era virtuosa  
como bella, y, en belleza  
la misma exageración  
celebrada en opinión,  
apetecible en riqueza,  
moza, apacible, discreta,  
y un sujeto digno, en fin,  
de tan bello serafín.

AGUDO:           ¿Pintótelas algún poeta?

PEDRO:           No sino la fuerza mucha  
de la verdad, que, pasada  
por agua, es más estimada,

porque allá, tarde se escucha.

AGUDO: ¿Y lo crees como evidencia?

PEDRO: Conozco con claridad

en la ausencia la verdad,  
la lisonja en la presencia.

No son los hombres de ahora  
de tan sanas intenciones,  
que, en vez de murmuraciones,  
se hagan lenguas cada hora  
en alabar excelencias  
de quien no interesan nada,  
pues aun de la más honrada,  
sacan falsas consecuencias.

Fama, Agudo, que ha llegado  
limpia a Méjico, y a prueba  
de las lenguas, ¡cosa nueva!

AGUDO: Y más donde es tan usado  
el murmurar, que sin ciencia  
colige toda criatura,

"¿Indiano? Luego murmura."

Bien vale la consecuencia.

PEDRO: Partí a Cuenca desde el Puerto



en busca de un tío anciano,  
rico y de mi padre hermano;  
había un año que era muerto;  
y, sin dar me a conocer  
a deudos impertinentes  
--que, a título de parientes,  
salteadores suelen ser  
de la perseguida plata,  
más segura de escapar  
de los peligros del mar,  
que de un pariente pirata,--  
voy a Madrid, donde espero  
ver si se iguala en mi dama  
la presencia con la fama.

AGUDO: Cenaremos, lo primero,  
y dormiremos un rato.

PEDRO: Cenar sí, mas dormir no.

AGUDO: El reloj las doce dió.

PEDRO: Ponerme a caballo trato,  
con el bocado en la boca.

¿Qué tenemos que cenar?

AGUDO: Puesto está un conejo a asar,

y una perdiz, a quien coca  
una bota yepesina  
mezclada con hipocrás,  
y muerta por darnos paz.

PEDRO:           ¿No hay más?

AGUDO:                   Hay una gallina  
fiambre, y medio pernil  
mercader, que trata en lonjas,  
--¡y qué tales!--como esponjas  
de Baco. Hay medio barril  
de aceitunas vagamundas;  
que las de oficio se van  
de Córdoba a cordobán;  
y si en postres asegundas,  
en conserva hay piña indiana,  
y en tres o cuatro pipotes,  
mameyes, zipizapotes;  
y si de la castellana  
gustas, hay melocotón  
y perada; y al fin saco  
un tubano de tabacoo  
para echar la bendición.

PEDRO: Mira si hay en la posada  
algún noble forastero,  
que, en mi mesa compañero,  
nos haga menos pesada  
la cena.

AGUDO: Nadie ha venido.

PEDRO: Sin compañía, ya sabes  
que son tasajos las aves  
para mí.

AGUDO: Escucha, rüido  
de cabalgaduras siento,  
que entran.

*Salen CORNEJO, el HUÉSPED, y GABRIEL  
hablando desde dentro*

CORNEJO: Loado sea Dios,  
¿hay posada para dos,  
seó huésped?

HUÉSPED: Y para ciento.

GABRIEL: Alto pues; ten de ese estribo.

*Salen GABRIEL, CORNEJO y el  
HUÉSPED*

GABRIEL:       ¿Qué hora es?

AGUDO:               Las doce han dado.

PEDRO:       Seáis, señor, bien llegado.

CORNEJO::    Venga un harnero y un cribo,  
y en ellos paja y cebada.

GABRIEL:    Dios guarde a vuesa merced.  
Esa maleta meted

donde no nos pongan nada.

CORNEJO:    Huésped, venga un aposento.

PEDRO:       En el nuestro puede estar,  
que luego hemos de picar,  
y recibiré contento

que favorezcáis mi mesa;  
que, aunque la cena se enfría,  
aguardaba compañía.

GABRIEL:    Liberalidad es ésa  
digna de vuestra presencia.

PEDRO: Pon a asar otro conejo  
y perdiz.

GABRIEL: Saca, Cornejo,  
ese capón.

*Vanse CORNEJO, AGUDO y el  
HUÉSPED*

PEDRO: De Valencia,  
conquista antigua del Cid,  
vendréis.

GABRIEL: Antes determino  
hacer allá mi camino.

PEDRO: ¿Pues salistes de Madrid?

GABRIEL: Para serviros.

PEDRO: ¿A qué hora?

GABRIEL: A las diez.

PEDRO: ¡Buen caminar!

Traeréis de allá que contar  
mil nuevas.

GABRIEL: Haylas cada hora;

pero dejando en secreto  
sucesos que por mayor  
no contarlos es mejor,  
porque a sus dueños respeto,  
por buenas nuevas os doy  
que el rey ha convalecido.

PEDRO:            Gracias a Dios!

GABRIEL:                    Y ha salido  
a Atocha en público hoy.

PEDRO:            Habrá la corte con eso  
vuelto en sí; que me contaban  
que en ella todos andaban  
sin color, sin gusto y seso.

GABRIEL:            Mi palabra os doy, que ha sido  
la mayor demostración  
de lealtad y de afición  
que en historias he leído.  
No sé yo que se haya hecho  
sentimiento general,  
con tal muestra y llanto tal,  
por ningún rey.

PEDRO:                            Muestra el pecho

el reino que a tal rey debe,  
que en él goza un siglo de oro.  
Sin conocerle, le adoro.

GABRIEL:      ¿Queréis más, si es que eso os  
mueve

que todo el tiempo que ha estado  
en contingencia su vida,  
hasta la gente perdida  
dicen que se había olvidado  
de ejecutar la ganancia  
de su trato deshonesto?

PEDRO:        Echó el sentimiento el resto,  
y conoció la importancia  
de la vida de tal rey,  
cuya mansedumbre extraña  
es causa que goce España  
su hacienda, su paz, su ley,  
sin contrastes ni temores.

GABRIEL:      Cosa estraña, que en veinte años  
que reina, ni hambres, ni daños,  
pestes, guerras, ni rigores  
del cielo hayan afligido

este reino!

PEDRO:                    Antes por él

mana España leche y miel.

De promisión tierra ha sido.

GABRIEL:            No le viene el nombre mal,

pues que en su tiempo ha alcanzado

Castilla el haber comprado

la hanega de trigo a real,

y el dar la cosecha a medias

del vino, a quien a ayudar

se atreviera a vendimiar.

PEDRO:            ¿Qué hay, en Madrid de come-

dias?

GABRIEL:            Todo lo ha desazonado

la salud del rey en duda;

no hay quien con gusto a ella acuda.

La corte había alborotado

con el *Asombro* Pinedo

*de la limpia Concepción*;

y fuera la devoción

del nombre, afirmaros puedo

que en este género llega



a ser la prima.

PEDRO: ¿Y de quién?

GABRIEL: De Lope; que no están bien tales musas sin tal Vega.

PEDRO: Por mi opinión argüís.

*Sale CORNEJO*

CORNEJO: Si es que habemos de picar, ¿qué aguardas? Alto, a cenar.

GABRIEL: ¿De dónde, señor, venís?

PEDRO: De Cuenca inmediatamente, y de las Indias después.

GABRIEL: ¿Mucha plata?

PEDRO: El interés, como siempre está en creciente, todo lo juzga menguante.

Venid; que, mientras cenemos, muchas cosas trataremos.

GABRIEL: Id, que yo os sigo al instante.

## Vase Don PEDRO

GABRIEL:           ¿Adónde, Cornejo, has puesto  
nuestro hato?

CORNEJO:            En esta sala  
donde cenáis, que no es mala,  
pues éstos se van tan presto.  
Junto a su maleta está  
la nuestra.

GABRIEL:            Ya te he advertido  
que no digas que he venido  
de Valencia...

CORNEJO:            Acaba ya.

GABRIEL:            Ni que don Gabriel me llamo  
de Herrera.

CORNEJO:            Pues que yo dejo  
el Beltrán por el Cornejo,  
no diré el nombre de mi amo.

GABRIEL:            Don Pedro soy de Mendoza,  
Cornejo, de aquí adelante.

CORNEJO:            ¡Cuál estará la Violante!

GABRIEL: Anda ahora.

CORNEJO: ¡Pobre moza!

*Vanse. Sale doña VIOLANTE, de labradora  
AGUADO, criado*

VIOLANTE: No hallo disfraz mejor  
para remediar mi ultraje,  
Aguado, que el labrador.

AGUADO: Y estáte tan bien el traje,  
que por ti lo será amor.

VIOLANTE: Si mi don Pedro tirano,  
como sospecho, ha venido  
a la corte, y como es llano,  
viendo su honor ofendido,  
ha de seguirle mi hermano,  
¿cómo podré andar segura  
entre los dos, sino ansí?

AGUADO: ¿Qué es, pues, lo que hacer pro-  
cura  
tu ingenio?

VIOLANTE: Mudar en mí

con el traje la ventura.

Buscar el alma robada

que se va tras el honor;

dar, ya que estoy deshonrada,

diligencias a mi amor,

o a mis agravios espada.

En Madrid hay tribunales

para todos, y también

han de hallarle en él mis males;

a extranjeros trata bien,

si mal a sus naturales.

Yo espero en Dios que ha de ser

madre Madrid de mi honor.

AGUADO: Industriosa es la mujer,

el amor, enredador,

y los dos sabréis hacer

engaños con que salir

de don Pedro vencedores.

¿Ámasle?

VIOLANTE: Como el vivir.

AGUADO: Árbol que ha dado las flores,

nunca supo resistir  
el fruto a quien las cogió.

VIOLANTE: Como él en Madrid esté,  
de mi ingenio espero yo  
que fin dichoso me dé,  
si mal principio me dió.

AGUADO: El que hoy habemos tenido,  
no le promete muy malo,  
pues al fin te ha recibido  
el labrador, que señalo  
por dueño tuyo.

VIOLANTE: Hemos sido  
dichosos en eso. En fin,  
soy villana de Vallecas.

AGUADO: Por el sayuelo y botín  
el oro y la seda truecas  
de la ropa y faldellín.  
Lindamente le engañé.

VIOLANTE: No oí lo que le dijiste;  
que de industria me aparté.

AGUADO: Discreta en todo anduviste.  
Díjele que te saqué,

siendo un hombre principal  
y mayorazgo de Ocaña,  
de tu casa y natural,  
porque tu hermosura extraña,  
ennobleciendo el sayal  
que de tu sangre heredaste,  
me obligó a que te ofreciese  
el sí de esposo, y que al traste  
con obligaciones diese  
que a mi nobleza usurpaste;  
y mis padres y parientes,  
contradiciendo mi amor,  
coléricos e impacientes  
que la hija de un labrador  
agravie a sus descendientes,  
procuraban darte muerte;  
y yo, como quien te adora,  
te truje aquí de la suerte  
que se vio; y pretendo agora  
de su furor esconderte.  
Que te reciba en su casa,  
como que a servirle has ido,

mientras este rigor pasa;  
y, siendo yo tu marido,  
venzamos la suerte escasa.  
Hele dado unos escudos,  
y ofertas para después,  
que, debajo de cien nudos,  
la cárcel del interés  
los tiene presos y mudos.  
En fin, el buen Blas Serrano  
dice que, con el secreto  
que pide el caso, está llano  
por mí a tenerte respeto;  
mas porque el vulgo villano  
no malicie esta quimera,  
que le sirves fingirás,  
tal vez siendo lavandera,  
y tal, si a la corte vas,  
trasformada en panadera.

VIOLANTE: Todo eso viene a medida  
de lo que yo he menester.  
¡En fin, mudando de vida,  
en Madrid he de vender pan!

AGUADO: Si tu amor a él convida,  
no se le darás a secas,  
pues con tu vista a quien te ama  
come gustos que en sí truecas.

VIOLANTE: ¡A fe que ha de dejar fama  
la villana de Vallecas!

Pero tú, ¿dónde has de estar?  
Que en Madrid es peligroso,  
si en él te viniese a hallar  
mi hermano.

AGUADO: El que es cuidadoso,  
se sabe en Madrid guardar;  
pero en Alcalá de Henares,  
sin ese miedo estaré.

VIOLANTE: Con todo, es bien repares,  
no pase por él.

AGUADO: Sí haré.

VIOLANTE: Y, cuando a verme llegares,  
sea sin que nota des  
a esta gente maliciosa.

AGUADO: Entre tanto que aquí estés,  
cada semana es forzosa



tu vista tres veces.

VIOLANTE: ¿Tres?

AGUADO: Y aun es poco. Pero aguarda.

¿Qué gente es ésta?

VIOLANTE: No sé.

Cualquier sombra me acobarda.

¿Que es mi hermano?

AGUADO: No hay de qué temer; que el sayal te guarda.

*Salen PEDRO y AGUDO*

PEDRO: ¡Que no te dé mil estocadas, perro,

traidor! ¡Que no te quite yo la vida!

AGUDO: ¡Déme favor, hidalgo!

PEDRO: Será yerro que ninguno por ti perdón me pida.

AGUDO: Las maletas troqué, señor, por yerro;

era de noche, y mucha la bebida.

Madrugaras tú menos.

PEDRO: ¿Qué esto escucho?

¡Vive Dios!

AGUADO: Deteneos.

AGUDO: Pues, ¿fué mucho...?

PEDRO: Quitaos delante, bella labradora.

Caballero, dejadme que le corte

las piernas.

AGUDO: ¡Válgame nuestra Señora  
de Atocha!

VIOLANTE: Vuestro enojo se reporte.

PEDRO: ¿Qué tengo yo de hacer, bárbaro,  
agora?

¿Con qué despachos entraré en la corte?

¿Cómo creerá don Juan que estoy don Pedro?

AGUDO: ¡Bien por servirte desde niño  
medro!

VIOLANTE: ¿No sabremos la culpa que ha  
tenido

este pobre criado?

PEDRO: A Dios plugiera

que nunca yo le hubiera conocido,  
o que al tomar la barra se muriera.  
¿A quién tal desventura ha sucedido?  
Cuando en Madrid mi serafín me espera  
para darme de esposa el sí y la mano,  
¿con qué testigos me creerá su hermano?  
¿Cómo podré afirmar que de don Diego  
de Mendoza soy hijo, y que ha pasado  
mil leguas de agua el amoroso fuego,  
que desde Arganda aquí lloro apagado?  
Los despachos, las joyas, con el pliego  
en que mi amor venía confiado  
del virrey y mi padre, por ti pierdo;  
pues no te doy la muerte, no soy cuerdo.  
Torna tras ese hombre, traidor; anda.  
Sube en mi macho; alcánzale, si puedes.  
AGUDO:           El mozo fué tras él; la furia  
ablanda.  
No hayas temor que sin maleta quedes.  
A las dos se acostó el otro en Arganda,  
y, entre cortinas que enmarañan redes,  
dormideras de Yepes y lo asado,

le mandarán volverse al otro lado.  
Ésta es la hora que, deshecho el truco,  
vuelve en mi mula aquí, donde le dije  
que le aguardabas. Lo que a oscuras peço,  
perdona al sol, o nuevo mozo elige.  
Si te ofendiera yo, el cerebro seco,  
y el vino y sueño que a un monarca aflige  
no humedecieran mis sentidos y ojos,  
tuvieran causa justa tus enojos.

VIOLANTE: Si bastan a obligáros, caballe-  
ros,  
ruegos de una mujer y de un hidalgo,  
y aquí por fuerza habéis de deteneros,  
porque ocupéis aqueste tiempo en algo,  
contadnos la ocasión de entristeceros.

PEDRO: ¿Cómo podré, cuando de seso  
salgo?

Mas siempre, o perdidoso o ofendido,  
uso ser con mujeres comedido.  
Criollo soy de Méjico, que es nombre  
que dan las Indias al que en ellas nace;  
a su virrey serví de gentilhombre,

que a bien nacidos honra y satisface;  
la hacienda heredo a un padre y el renombre  
de quien España tanto caudal hace  
por los linajes que en sus reinos goza,  
y llámome don Pedro de Mendoza.

VIOLANTE:       (¡Ay cielos! Éste ¿no es el ape-  
llido   Aparte  
del ingrato que busco disfrazada?)

PEDRO:        Mi padre, desde España persua-  
dido

por un amigo que en la edad pasada  
tuvo en Madrid y no borró el olvido,  
siendo estafetas una y otra armada,  
de una hija que tiene, determina  
hacerMe esposo, en nombre Serafina.  
Tres meses ha que en un navío de aviso  
le escribió que en la flota venidera  
me embarcaría, y, para aviarme quiso  
que en barras treinta mil pesos trujera;  
mas como el mar sepulta de improviso  
toda una armada, si se enoja, entera,  
no se atrevió a fiar tanto tesoro

de este Midas que traga plata y oro.  
Así en correspondientes de Sevilla  
y de la corte cédulas librando,  
de Sanlúcar pisé la antigua orilla,  
barras su barra célebre surcando.  
No quisieron deseos de Castilla  
detenerse en Sevilla registrando  
de su contratación tantos haberes,  
no hablar sus codiciosos mercaderes;  
antes, por ver que entonces ocupados  
andaban en registros y cobranzas,  
para otro tiempo dilaté cuidados,  
trayéndome conmigo las libranzas.  
Con dos mulas en fin y tres criados,  
cargado de papeles y esperanzas  
llegué de Cuenca a la famosa sierra,  
antigua patria de mi padre y tierra.  
Tenía en ella un tío que hallé muerto,  
y, sin hablar a deudos codiciosos,  
guí a la corte, que es general puerto  
del mundo, con bajíos peligrosos;  
y anoche, cuando ya juzgué por cierto

el fin de mis viajes enfadosos,  
como mi amor prosigue en su demanda  
por ser de noche, me quedé en Arganda.  
Aguardaba mi cena a un compañero  
conversable; que a solas nunca trato  
dar al cuerpo sustento; que es grosero  
cualquier manjar sin el discreto trato.  
A la conversación llamé salero  
del alma un sabio; y como cualquier plato  
sin sal jamás está bien sazonado,  
la mesa así también sin convidado.  
Mi deseo cumplió--que no debiera--  
un forastero que tomó posada  
en mi propio mesón. ¡Nunca a él viniera!  
Recebile cortés, y, aderezada  
la cena, convidéle a que subiera  
a mi aposento, y porque mi jornada  
a la corte sería de allí a un rato,  
mandé al mozo que en él pusiese su hato.  
Juntamos cenas, supe su camino,  
tratamos varias cosas en la mesa,  
y el fin apenas con el postre vino,

cuando, dándome amor y el tiempo priesa,  
mandé ensillar; y el sueño o desatino  
de éste, que de mi dicha y bien le pesa,  
trocando las maletas y cojines,  
a dichosos principios dió estos fines.

En conclusión, dejándose la mía  
en la posada, la del forastero  
me puso en el arzón. Descubrió el día  
aqueste engaño, y no será el postrero.

¡Considerad vosotros lo que haría  
quien, fuera de las joyas y dinero,  
que deben de valer cinco mil pesos,  
pierde cartas, libranzas y procesos!  
De veinte mil ducados, y más, pasa  
la cantidad que en cédulas me lleva;  
mirad sin ella, cuando amor me abrasa,  
cómo es posible que en Madrid me atreva  
a pretender esposa, ni en su casa  
ose entrar, si me faltan para prueba  
de que don Pedro soy cartas de abono.  
¡Que la vida, villano, te perdono!



VIOLANTE: Prométoos que es desgracia  
nunca oída

Mas, supuesto que el mozo fué por ella,  
antes que el otro empiece su partida,  
el trueco deshará, y no habrá querella.

AGUDO: La oscuridad, y el ser tan pareci-  
da

con la del otro, me obligó a ponella,  
por darme prisa tú, sobre tu macho.

PEDRO: Mejor dijeras por estar borracho.

*Sale MATEO, mozo de mulas, con un cojín*

MATEO: ¡Válgate el diablo por hombre!  
Por arte de encantamento  
debió de llevarle el viento  
sin dejar rastro ni nombre.

PEDRO: ¿Qué hay, Mateo?

MATEO: Par Dios, nada.

PEDRO: ¿No parece?

MATEO: No, señor.

PEDRO: ¿Qué dices de esto, traidor?

MATEO Cuando llegué a la posada,  
ya él estaba en cas de Judas.

Ni aun memoria de él no hallo.

Al instante que a caballo  
te pusiste, apenas mudas  
el paso, cuando picó,  
y, sin saberse por donde.

O es demonio que se esconde,  
o la tierra le sorbió.

PEDRO: A Valencia dijo que iba.

Pues debióte de mentir;  
que un pastor le vió salir,  
y, en vez de echar hacia arriba,  
tomando a la mano izquierda,  
dijo que fué hacia Alcalá.

Seguíle; mas nadie da  
señas de él.

PEDRO: ¡Que por ti pierda  
mi hacienda, infame, y mi ser!

MATEO: Como ninguno me daba  
serías de cuantos topaba,

tuve por mejor volver  
acá, que, siendo virote  
perderme también.

PEDRO:   ¡Yo he sido  
.....[ -ido]

harto dichoso!

MATEO:   Engañóte.

VIOLANTE:            (Su pérdida cada cual

Aparte

siente, vengativo amor;

yo lloro la de mi honor,

y éste la de su caudal.)

MATEO:               Mira qué habremos de hacer  
de este cojín y maleta.

PEDRO:            ¡Abrasarlos!

MATEO:               No es discreta

sentencia, a mi parecer,

la que das.

PEDRO:               ¿Qué he de hacer, pues?

MATEO:            Mejor será que la abremos,

y, por lo que trae, sepamos

dónde camina o quién es

este demonio escondido;  
que quizá en ella vendrán  
prendas que pregón serán  
echado tras el perdido.  
El candado tengo roto.

*Ábrele*

¿Sacaré?

PEDRO: Haz lo que quisieres.

MATEO: Papeles hay. Si lo vieres,  
por ellos, como piloto,  
haremos nuestro camino.

*Va sacando*

Un retrato, ¡vive el cielo!,  
he topado.

PEDRO: Buen consuelo!

MATEO: Y a fe que el rostro es divino

de la dama!

PEDRO: Arrojale

con la maldición.

VIOLANTE: ¿Al suelo

echa la imagen?

*Alza doña VIOLANTE el retrato, y  
conócele. Hablan AGUADA y doña VIOLANTE  
aparte*

¡Ay cielo!

¿Qué he visto?

AGUADO: Paso.

VIOLANTE: ¡Ay, Aguado! mi retrato.

AGUADO: ¡Válgame Dios! Ya concluyo

que es don Pedro el dueño suyo;

pero impórtate el recato.

Disimula, que ya creo

que en Madrid tu esposo está.

*Doña VIOLANTE habla disimulando*

VIOLANTE: La Magdalena será;  
que así en la iglesia la veo  
con su copete y gorguera;  
el bote sólo le marra

AGUADO: ¿Pues bésasla?

VIOLANTE: Está bizarra.  
Pondréla a mi cabecera.

MATEO: Un legajo de papeles  
es éste.

PEDRO: Desatalós.

AGUDO Versos son éstos, por Dios.

PEDRO: ¿Hay sucesos más crüeles?  
¡Para quien mi rabia ve,  
es bien que versos me cante!

*Lee*

AGUDO: "Soneto a Doña Violante,  
la noche que la gocé."

AGUADO: No se descuidó el poeta.

VIOLANTE: Si la pobre está gozada,  
no es Violante, mas violada.

Echadme acá esa soneta,  
pondréla por rocambo,  
y enseñarémola a hilar;  
mas no, que, siendo cantar,  
mejor es para el pandero.

*Leyendo otro papel*

AGUDO: "Memoria de cien ducados  
que he de pagar en Madrid  
a Andrés de Valladolid,  
por otros tantos prestados  
aquí en Amberes."

MATEO: ¡Por Dios  
que son buenas hipotecas  
de las maletas que truecas!

PEDRO: Como haya otras tres, o dos  
de estas ditas ¡bien desquito

veinte mil y más ducados!

MATEO: Éstos son pliegos cerrados.

PEDRO: Mira pues el sobrecrito.

AGUDO: Éste dice, "Al presidente de Italia;" y éste, "Al Marqués de San German;" éste es "A Mosén Romen, regente del consejo de Aragón."

PEDRO: A Madrid va, según esto, el que en tal trance me ha puesto.

MATEO ¿Quién duda?

PEDRO: ¿Por qué ocasión me dijo que iba a Valencia?

AGUDO: Quizá por entrar secreto; que hay mil lances, en efeto, en que importa la prudencia.

PEDRO: Él, según lo que parece, viene a España desde Flandes, y trae pretensiones grandes; o, como a otros acaece, algo allá le ha sucedido; tuvo al peligro temor,



buscó cartas de favor,  
y a la corte viene huido.

AGUDO:                La Violante del soneto  
debe de ser la ocasión  
de que huya.

PEDRO:                Tenéis razón;  
por eso vendrá secreto.

No he perdido la esperanza,  
supuesto que a Madrid va,  
de encontrar con él allá.

VIOLANTE:        (Ni mi amor de su venganza.)  
Aparte

PEDRO:            Abre alguna de esas cartas,  
supuesto que traen cubierta,  
tendremos noticia cierta  
de su nombre, pues hay hartas.

AGUDO:            Dios te la depare buena.  
Abre un pliego, y léele.  
Ésta del Regente abrí.

PEDRO:            ¿Cómo dice?

AGUDO:            Dice así...

MATEO:            ¡Válgate el diablo por cena!

Lee

AGUDO: "El capitán Don Gabriel de Herrera, en diez años que ha que sirve a su Majestad en Flandes, ha sido mi camarada y amigo; sus hazañas y servicios son muchos, como mostrarán los papeles que lleva. Sucedióle, sobre palabras que en el cuerpo de guardia tuvo con un capitán tudesco, darle de estocadas; por ser el delito en tal lugar y con tal persona, le es forzoso huir al amparo de V.S., en quien, así para aumento de sus pretensiones, como el perdón de Majestad, tengo esperanzas hallará por mi respeto todo amparo. --Guarde Dios a V.S. con la prosperidad que los interesados hemos menester.

--Amberes marzo 25, 1620.

Su sobrino de V.S., el maese de campo,  
Don Martín Romen."

¡Miren si lo dije yo!

PEDRO: Él mostraba en su persona  
el valor con que le abona  
la carta, aunque me mintió  
en el viaje que hacía.

AGUDO: Su peligro considera.

PEDRO: En fin, don Gabriel de Herrera  
se llama.

VIOLANTE: (Desdicha mía,  
Aparte

¿qué escucháis? El que destroza  
ingrato mi honor y fama,  
aquí don Gabriel se llama,  
y don Pedro de Mendoza  
allá. Si los nombres truecas,  
traidor, vengará constante  
quejas de doña Violante  
la villana de Vallecas.)

PEDRO: ¿Qué tiene más la maleta?

MATEO: Ropa blanca es la que hay,  
toda de holanda y cambray,  
con puntas y cadeneta;  
ligas y media de seda  
hay de colores diversos,  
guantes, y prosas y versos;  
de papeles, sólo queda  
un librito de memoria  
aquí dentro.

PEDRO: Sacalé;  
que mejor por él sabré  
sucesos de aquesta historia;  
y, sin detenernos más,  
a caballo nos pongamos;  
que, si en Madrid le buscamos,  
no se esconderá.

AGUDO: Podrás,  
para encontralle más presto,  
ir a casa del Regente,  
del Marqués y el Presidente.

PEDRO: Pon bien eso.

MATEO: Ya lo he puesto.  
PEDRO: Ya voy consolado en algo.  
AGUADO: También lo vamos los dos.  
PEDRO: Labradora hermosa, adiós.  
Daca el macho. --Adiós, hidalgo.

*Vanse los tres*

VIOLANTE: ¿Qué juzgas de aquesto,  
Aguado?  
¿Qué te parece?  
AGUADO: No sé,  
señora, si afirmaré  
que es de veras o soñado;  
sólo digo que has tenido  
en algún modo ventura,  
pues lo visto te asegura  
quién es el que te ha ofendido,  
y que está en la corte.  
VIOLANTE: ¡Ay cielos!  
¿Don Gabriel de Herrera es

el que ha postrado a sus pies  
mi honor? ¿El que a mis desvelos  
da tanta causa? ¿El que en Flandes,  
dando muerte a un capitán,  
mató mi honor?

AGUADO:                               Cerca están  
de Madrid las torres grandes  
y casas, pues que no dista  
más de una legua de aquí.

Yendo disfrazada así,  
gozarás presto su vista,  
mientras que Madrid te goza  
en traje de panadera.

VIOLANTE:     ¿Que en fin don Gabriel de  
Herrera  
es don Pedro de Mendoza?

AGUADO:        Mudan desgracias los nom-  
bres;  
cuando sus peligros dudan.

VIOLANTE:     Mejor dirás que se mudan  
las palabras de los hombres.

AGUADO:        Acá sale nuestro viejo,

o, por mejor decir, tu amo.

¿En fin, tu esposo me llamo?

VIOLANTE: Sí.

AGUADO: ¿Y el nombre?

VIOLANTE: Don Alejo.

*Sale BLAS Serrano, labrador viejo*

BLAS: Pues, Teresa, ¿no es ya hora de her algo en casa? ¿Hasta cuándo los dos heis de estar parlando?

La malicia labradora,  
si muchas veces os ve  
que con él os arrulláis,  
levantarnos que rabiáis.

AGUADO: Presto, Blas, me partiré.  
Si es que bien habéis querido,  
no espanten dilaciones.

BLAS: Ya yo sé lo que en razones  
gasta el Amor que es cumplido.  
También me dió su picón

Amor en la edad pasada,  
y, muerto por su ensalada,  
me cupo mi sopetón.

No me espanta nada de eso,  
que por todo el hombre pasa;  
pero tengo un hijo en casa  
que a Madrid hué a vender yeso,  
y, desde que vió a Teresa,  
con ser desde anoche acá,  
emberrinchándose va,  
y que os halle aquí me pesa;  
que anda el diablo revestido  
en él.

AGUADO:                   ¿Luego no está aquí  
segura mi esposa?

BLAS:                        Sí.

VIOLANTE:    Yo me guardaré, marido.

BLAS:            Pues ella, señor, se guarda,  
nadie la podrá ofender;  
que no es buena la mujer  
que sufre por fuerza albarda.  
Ríome yo de que digan



que ha habido mujer forzada  
desde Elena, la robada.

AGUADO: A mil las leyes castigan  
cada día.

BLAS: Es papasal.

Créalo quien lo creyere.

Par Dios, que, si uno no quiere,  
que dos que barajan mal.

La reina doña Isabel  
dejó este ejempro probado  
con la del puño cerrado,  
y yo, señor, me atengo a él.

AGUADO: (No ha estado el discurso malo.)  
Aparte

BLAS: Digo, pues, que importa poco  
que Antón por vos esté loco;  
pues, con darle con un palo,  
si vos no queréis, Teresa,  
poco daño os hará en casa;  
que el panadero no amasa,  
cuando no quiere el artesa.

AGUADO: Ahora bien, Blas, yo me parto;

mi Teresa os encomiendo.  
Dinero os iré trayendo  
cada día.

BLAS:                   Acá deja harto;  
pero no se le dé nada;  
que sarnosos y avarientos  
nunca diz que están contentos.

AGUADO:       Adiós pues, esposa amada;  
Blas Serrano, adiós.

BLAS:                                   Adiós.

*Vase AGUADO*

BLAS:       ¿Qué habemos de hacer agora?

VIOLANTE:   Si hay pan cocido, a buen hora  
iré a Madrid.

BLAS:                   ¿Sabéis vos  
venderlo?

VIOLANTE:                   ¿Pues soy yo zurda?

BLAS:       Los cortesanos, si os ven,  
temo que fyanca os den.

VIOLANTE: No haya miedo que me aturda.  
Con un palo y con un arre,  
y un jo que te estriego, suelo  
dar con un hombre en el suelo.

BLAS: ¡El dimuño que os agarre!  
El pan de Vallecas es  
por branco y bien sazonado,  
en Madrid más estimado.

VIOLANTE: Si es que vais al interés,  
decidme cómo es la tasa,  
y dejadme el cargo a mí.

BLAS: A veintidós vale.

VIOLANTE: ¡Ah, sí!  
Y si de eso el precio pasa,  
y os traigo a real, ¿qué diréis?

BLAS: Que Teresa es mi ventura;  
pero si pan y hermosura,  
Teresa, en Madrid vendéis,  
como no es el pan a secas,  
no hay precio, ni aun para porte.

VIOLANTE: Yo haré que admire a la corte  
la villana de Vallecas.

## FIN DEL PRIMER ACTO

*Salen Don GABRIEL y CORNEJO*

GABRIEL: No creí jamás, Cornejo,  
que tan venturoso fuera.

CORNEJO: ¡Oh maleta hermosa, esfera  
de mi remedio!

GABRIEL: Ya dejo  
pretensiones de soldado,  
pues en diez años que he sido  
en Flandes, ya entretenido,  
ya alférez determinado,  
ya señor de una jineta,  
no adquiriré lo que en un hora  
la Fortuna enredadora  
me ha dado en una maleta.

CORNEJO: ¡Lindo truco!

GABRIEL: ¡Hermosas barras!

CORNEJO: No me hartó de darles besos.

GABRIEL: Tres hay de oro de a mil pesos,  
y, entre otras joyas bizarras,  
una banda de diamantes,  
y de perlas siete vueltas,  
con otras muchas que, sueltas,  
entre esmeraldas brillantes,  
guarda un cofre de carey.

CORNEJO: Así a la tortuga llaman  
las Indias que oro derraman.

GABRIEL: Hay un cintillo, que el rey  
no sé si mejor le tiene,  
fuera de los cabestrillos,  
las arracadas y anillos,  
donde tanta piedra viene,  
que podremos empedrar  
toda esta calle con ellas.

CORNEJO: Pisará Madrid estrellas.

GABRIEL: Hay una piedra bezar,  
entre otras tres, guarnecida  
de oro, mayor que un güevo.

CORNEJO: Con tales yemas, me atrevo

a no comer en vida  
sino hñevos, sin la bula.

GABRIEL: Dejo otros melindres mil  
de nácara, carey, marfil,  
con que el interés adula  
la codicia de las damas.  
En fin, la maleta está  
hecha una colmena.

CORNEJO: Y da  
panales del oro que amas.  
Mas ya que lo cuentas todo,  
¿Por qué olvidas las libranzas?

GABRIEL: Porque estriban en cobranzas,  
y es peligroso su modo;  
que ni en Sevilla ni aquí  
descubrir me atreveré  
a quien vienen.

CORNEJO: ¡Bueno, a fe!  
¿No abriste las cartas?

GABRIEL: Sí;  
que, viniendo con cubierta,  
cuando de ellas me aproveche,

como otras nuevas les eche,  
no habrá quien en ello advierta.

CORNEJO: Y su dueño descuidado,  
¿no es don Pedro de Mendoza?

GABRIEL: De ese ilustre nombre goza,  
según ellas me han mostrado.

CORNEJO: ¿Tú y todo no te confirmas  
con el mismo nombre?

GABRIEL: En él  
trueco el de don Gabriel.

CORNEJO: Pues si te abonan sus firmas,  
y esotro no es conocido,  
ni de Méjico salió  
otra vez, donde nació,  
conforme lo que has leído,  
¿no puedo yo en nombre suyo  
partir y cobrallo todo  
con las cédulas?

GABRIEL: No es modo,  
Cornejo, discreto el tuyo.  
¿Tan descuidado ha de ser  
el otro, ya que ha perdido

lo que consigo ha traído,  
que al instante no ha de hacer  
en Sevilla diligencias,  
y aquí, para que le entreguen  
la plata, por más que aleguen  
cartas, ni correspondencias?  
¿No ha de tener en Sevilla  
quien le conozca de allá?

CORNEJO: En Sevilla sí tendrá;  
pero dúdolo en Castilla.  
Y, supuesto que consigo  
ha de tener tus papeles,  
sin que en eso te desveles,  
sirviendo yo de testigo,  
puedes hacerle prender  
por la muerte que en Amberes  
diste al tudesco; y, si quieres  
el serafín suyo ver,  
con quien a casarse vino,  
y te pareciere tal,  
no viene el enredo mal.  
O si no, ponte en camino,



y vámonos a Granada,  
patria nuestra--que es mejor--  
pues con tanto oro, señor,  
no tendrás que envidiar nada  
a don Antonio de Herrera,  
tu hermano, puesto que goza  
tal mayorazgo y tal moza.

GABRIEL: Bien allá pasar pudiera;  
que, en fin, con mis alimentos,  
y con cinco mil ducados  
que llevo aquí, mis cuidados  
dieran fin a pensamientos;  
pero a doña Serafina  
he visto, Cornejo, ya  
y en ella cifrada está  
la hermosura peregrina  
del mundo.

CORNEJO: Pues, ¿qué tenemos?

GABRIEL: No sé. ¡Bravo tentador  
es el oro, del Amor!

CORNEJO: Haz algo con que lloremos.

GABRIEL: Estas barras y diamantes,

joyas, libranzas, papeles,  
a pensamientos crüeles  
me inclinan,

CORNEJO:                    No son Violantes  
todos, señor, ni es Valencia  
la taimería de Madrid.

Tiemplan allá a lo del Cid;  
o pero acá lee la experiencia  
cátedra de socarrones,

y nacen en la niñez  
jugando en el ajedrez  
de enredos y de invenciones  
las damas de más estima.

Como has estado en Amberes,  
no sabes que las mujeres  
tienen su juego de esgrima  
en la corte, en cuyo estilo  
la que menos sabe, alcanza  
diez tretas más que Carranza.

Hieren por el mismo filo,  
juegan con espadas negras;  
y, a dos idas y venidas,

si señalan las heridas  
y con el juego te alegras,  
aunque seas un peñasco,  
la tía, de armas maestra,  
ha de cobrar, como diestra,  
primero que toques casco.  
Y, apenas dos tretas juega,  
cuando, entrando en su socorro  
--como hay tántas en el corro  
al instante que otro llega--  
sale el amante al encuentro,  
que se arrima a la pared  
y dice, "Vuesa merced  
asiente, y entre otro dentro."

GABRIEL:           Que no debe de ser tanto  
como se dice.

CORNEJO:                   ¿No es juego  
de esgrima una calle? y luego  
¿no es espada negra un manto  
que se remata en medio ojo?  
¿zapatilla de esta espada  
la maestra examinada?

¿Armella de este cerrojo  
no es la tía, que, al instante  
que ve que la mano llegas,  
y la primer treta juegas,  
en medio mete el montante  
con un "vaya en hora mala?"

¿No pagas monjil y tocas,  
y, apenas el casco tocas,  
cuando en entrando en la sala  
don Filotimio o don Porro,  
asientas, y ella te arrima?

No hay dama en Madrid, ni esgrima,  
que esté sin gente en el corro.

GABRIEL:           Eso será con mujeres  
comunes; que Serafina  
es principal.

CORNEJO:                   ¡Peregrina  
solución! De cuantas vieres  
tendrás aquesta noticia.

En la corte viven todos  
de industria, y hasta los codos  
cubren aquí su malicia.

Písalos, si contradices  
esta común opinión,  
y te dirá lo que son  
la ofensa de tus narices.

GABRIEL: Aquí vive nuestra dama.

¡Por Dios, que tengo de vella!

CORNEJO: ¿Más que ha de tener por ella  
mal urdiembre aquesta trama?

Porque el otro, claro está  
que ha de venir a buscarla;  
y, si en su casa nos halla,  
seguramente podrá  
deshacer nuestra ventura  
y el truco de las maletas.

GABRIEL: ¿No dices que toda es tretas  
Madrid? Pues calla y procura  
seguirme; que no me espanto  
de estratagemas de amor.

CORNEJO: Con las de Flandes mejor  
te avinieras. Dama y manto  
he visto, y coche a la puerta,  
y un galán que la acompaña.

GABRIEL: Aquí empieza mi maraña.

Ésta es mi dama.

CORNEJO: Y no es tuerta.

*Salen Doña SERAFINA, con manto; Don JUAN, su hermano; Don GÓMEZ, su padre; y POLO-NIA:, criada*

GÓMEZ: No debe de venir en esa flota don Pedro de Mendoza, pues no escribe, cuando en Sevilla tantos alborota.

JUAN: Podrá ser que, si postas apercibe, venga a ser carta viva, y ganar quiera albricias de que ya en España vive.

SERAFINA: ¡Ay, hermano! ¡Qué alegre se las diera quien en deseos con su amor dilata penas de un alma que su vista espera!

GÓMEZ: Primero que en registros de la plata

negocie con papeles y averías  
con la Contratación que en eso trata,  
es fuerza consumir algunos días  
obligando ministros y oficiales,  
confusos entre tantas mercancías.

JUAN:                   Andan con pies de plomo aque-  
sos tales,

.....[ -ento],  
que reales tiran sus oficios reales.

SERAFINA:           ¡Que hubo de darme el cielo  
casamiento

¡Que es, por agua pasado, tan aguado,  
cuando amoroso fuego es su elemento!

GÓMEZ:               Dios te traiga con bien; que, si  
ha llegado

darás por bien empleada su tardanza.  
¿Adónde vas ahora?

SERAFINA:                   Voy al Prado,  
por buscar en sus flores mi esperanza,  
y saber de sus fuentes si ha venido;  
que, por salir del mar de su mudanza,  
me dirán si en Sanlúcar ha surgido.

Hola, acerca ese coche.

*GABRIEL y CORNEJO hablan aparte*

GABRIEL: A hablarla llego.

CORNEJO: Entra con pie derecho.

GABRIEL: Voy perdido.

*Llégase a ellos*

Que me digáis adónde vive os ruego,  
caballeros, don Gómez de Peralta.

GÓMEZ: Yo soy el que buscáis.

GABRIEL: Acertó el pliego.

El corazón, que de contento salta,  
adivinaba el bien que en veros goza.

Ya Méjico en Madrid no me hace falta.

Abrazad a don Pedro de Mendoza.

GÓMEZ: ¡Válgame Dios! ¡Qué encuentro  
tan dichoso!



Volved a la cochera la carroza.

Querido hijo, triste y cuidadoso,  
por no saber de vos, me habéis tenido.

Serafina, ¿no abrazas a tu esposo?

SERAFINA:       Seáis, señor, mil veces bien  
venido;

que otras tantas os hemos deseado.

JUAN:           Parte de esos deseos me han cabi-  
do.

Si no es indigno el nombre de cuñado  
de vuestros brazos, dádmelos agora.

GABRIEL:       ¿Sois vos don Juan?

JUAN:                       Seré vuestro criado

GABRIEL:       No ha mentido la fama volado-  
ra,

que en Indias vuestro talle encareciendo  
sus damas mejicanas enamora.

JUAN:           No seáis indiano en eso; que no  
entiendo

que para que yo os sirva es necesaria  
la merced que me estáis, don Pedro, haciendo.

GÓMEZ:        ¿Buena navegación?

GABRIEL: Algo contraria,  
ya con calmas pesadas, ya con brisas,  
ya con una tormenta extraordinaria.

GÓMEZ: ¿No escribiérades luego?

JUAN: Son precisas  
las diligencias del que toma tierra.

GABRIEL: Prometí una novena con cien  
misas

a la Virgen de Regla, que en la sierra  
de Sanlúcar ha sido nuestro norte,  
y apaciguó del mar la mortal guerra;  
partí luego del Betis a esta corte,  
y, por no dividir el gusto en plazos,  
la carta quise ser, cobrando el porte  
por junto en parabienes y en abrazos.

GÓMEZ: ¿Cuándo llegastes?

GABRIEL: Cuando anocheecía.

GÓMEZ: ¿Salistes de Toledo?

CORNEJO: Hechos pedazos,  
ayer salimos a las diez del día.

GÓMEZ: Traigan a casa el hato.

GABRIEL: Una maleta

viene ahora no más con ropa mía.

CORNEJO: Y más cartas que lleva la estafeta.

GABRIEL: Los baúles vendrán con el arriero.

GÓMEZ: ¿Cómo queda don Diego?

GABRIEL: Aunque le aprieta algo la gota, y en la edad de acero según vive de sano y colorado, más luce en él el mayo que el enero.

GÓMEZ: A divertirse Serafina al Prado salía, de esperaros impaciente; pero, pues a tal tiempo habéis llegado, volvámonos a entrar.

GABRIEL: No es bien que intente impedir vuestro gusto. A acompañaros iré.

SERAFINA: ¡Y fuera muy bueno que, si ausente salía melancólica a buscaros

en mi imaginación, cuando os poseo,  
deje por gustos tibios de gozaros!  
Entrad, señor.

GABRIEL:                      Que sois serafín creo,  
como en belleza, en discreción.

CORNEJO:                      (¿Qué encanto  
Aparte  
de Belianís es éste en que me veo?)'

*Yéndose*

SERAFINA:    Hola! ¿No hay quien me quite  
aqueste manto?

CORNEJO:    ¡Hola! ¿No hay quien la quite  
aquel manteo?

*Vanse, y quedan DON JUAN, y POLONIA*

JUAN:        Polonia, quédate aquí.

POLONIA:    ¿Hay en qué pueda servirte?

JUAN: Mucho tengo que decirte  
y en que fiarme de ti.

POLONIA: Agradecida te espera  
la lealtad que echas de ver.

JUAN: ¿Reparaste acaso ayer  
en aquella panadera  
que proveyó nuestra casa?

POLONIA: Y en la blancura del pan,  
que de leche nos le dan  
las manos con que le amasa.

Comprélo para la gente;  
que, en la mesa principal,  
de atahoma y candeal  
se gasta ordinariamente;  
pero, viendo en él las flores  
que su dueño le prestaba,  
me pareció, si no honraba  
la mesa de los señores  
con su blancura, que hacía  
un delito criminal;  
y en fin, su sazón fué tal,  
que hasta el viejo se comía

las manos tras ello, y tú  
los manjares olvidabas,  
y en él te saboreabas  
como si fuera alajú.

JUAN: ¿Que hasta en eso reparaste?

POLONIA: ¿No había de reparar,  
si advertí que en el lugar  
ni una migaja dejaste,  
sea apetito o aseo?

Si así el avariento fuera,  
nunca Lázaro tuviera  
de sus migajas deseo;  
que todas te las comiste.

JUAN: Aunque el cuerpo sustentaban,  
al alma se trasladaban.

Mas, supuesto que la viste,  
di, ¿hay sayal más venturoso?

Pues de tan bello cristal  
es funda aquel sayal.

¿Puede el tabí más precioso  
compararse con su frisa?

POLONIA: ¡Bueno estás!

JUAN: Ni la mañana,  
cuando entre labios de grana  
el sol la provoca a risa,  
¿admite comparación  
con aquellos dos corales,  
que de perlas orientales  
guarda-joyas ricos son?  
¿Espira aliento el azar  
que al suyo haga competencia?  
¿Alcanzó jamás la ciencia  
del pincel más singular  
la mezcla de aquel carmín,  
que con la nieve se enlaza,  
y en las mejillas abraza  
el clavel con el jazmín?  
¿Es tan hermosa en el cielo  
la cuna donde el sol nace,  
como la que el Amor hace  
para sí en aquel hoyuelo  
que la nariz de los labios  
divide, y por quien trocara  
su sepulcro el ave rara

muerta entre olores arabios?  
¿Divide las dos Castillas  
Guadarrama majestuosa,  
como la nariz hermosa,  
poniendo en paz las mejillas?  
Ni ¿hay soles que comparar  
a las niñas de los ojos,  
que salen quitando enojos,  
vestidas de verdemar,  
y, porque de sus marañas  
libre amor los corazones,  
son, si sus ojos balcones,  
celosías sus pestañas?  
¿Pudieron arcos triunfales  
dar soberbia a la ventura,  
como en esta arquitectura  
vista a los arcos torales,  
donde el artífice astuto  
cifró en obras sus deseos,  
por los que vencen, trofeos,  
por los que matan, de luto?  
¿Pieza de bruñida plata,



gozóla jamás señor  
como su frente el Amor,  
donde por justicia mata  
libertades en que reine?  
¿Ni vió la naturaleza,  
si no es sólo en su cabeza,  
que ya el ébano se peine?  
¿Hay cristal, hay nieve en pellas,  
leche o manteca azahar  
que se pueda comparar  
con aquellas manos bellas,  
a un tiempo blandas y secas,  
en mí de fuego y de hielo?  
Pues todo esto debe al cielo  
la villana de Vallecas.

POLONIA:            ¡Ay, pobre de vos, don Juan!  
Mucho el zapato os aprieta,  
cogido os ha la carreta,  
zarazas os dió en el pan.  
¿Así a las primeras chispas  
os quema el amor trampero?  
Pero es hijo de un herrero.

Es abeja, y pare avispas.

¿Habéisle hablado?

JUAN: Es un risco.

POLONIA: Todas las villanas son  
gatos en camaranchón,  
que éste debe ser arisco.

JUAN: No tanto que, al despedirse,  
con una risa hechicera,  
Polonia, la panadera,  
no mostró sentir partirse;  
y, con un sabroso adiós,  
me dijo, "Acá volveremos  
mañana, porque tenemos  
mucho que hablar los dos."

POLONIA: ¿Eso dijo la villana?

JUAN: Amor este plazo acorte.

POLONIA: Con el trato de la corte,  
se habrá vuelto cortesana.

Pues bien, ¿qué quieres de mí?

JUAN: Que, cuando con el pan venga,  
tu discreción la detenga  
hasta que yo salga aquí;

que me tiene rematado.

POLONIA: Que en medio de Madrid pueda  
vencer al sayal la seda!

JUAN: No es sayal, sino brocado.  
Pero, ¿no es ésta?

POLONIA: Don Juan,  
bien la palabra te guarda.

JUAN: ¡Ay cielos, ella es!

VIOLANTE: Jo, parda. Dentro  
Jo, digo. Bajen por pan,  
si han de bajar.

JUAN: Dejamé  
solo, y no digas arriba  
nada de esto.

POLONIA: ¿Yo? Así viva,  
que un nudo a la lengua dé.  
Pero ¿quién de ti creerá  
que en villanos gustos pecas?

VIOLANTE: Vengan por pan de Vallecas.  
Dentro

JUAN: Vete y calla.

POLONIA: Adiós.

VIOLANTE:

Jo, ya.

*Vase POLONIA. Sale Doña VIOLANTE, de villana, con un pan y un palo*

JUAN: Vos seáis tan bien venida  
como por mayo la lluvia,  
como por enero el sol,  
como en creciente la luna  
que, alegrando el caminante,  
preside en la noche oscura,  
y, enseñándole la senda,  
sus peligros asegura.

VIOLANTE: ¿Acá estaba su merced?  
¡Han vido lo que madruga!

JUAN: El cuerpo sí, porque el alma,  
desde que ayer os vio, os busca.

VIOLANTE: ¿Luego el alma tien buscona?

JUAN: Y si halla lo que procura,  
buen hallazgo me prometo.

VIOLANTE: ¿Qué ha perdido?

JUAN: Joyas muchas.

La libertad, que se fué

de casa, y, como criatura,  
no acierta volver a ella,  
por más que llore y pregunta.

VIOLANTE: Pues cósala a las espaldas  
un letrero o escritura,  
o dé un real al pregonero;  
que él la hallará, aunque sea aguja;

o haga ponelle una corma  
después, porque no se le huya;  
que, si da en buscar novillos,  
sin ser música, hará fugas.

JUAN: Vino ayer una gitana  
que las libertades hurta,  
y temo que se la lleva.

VIOLANTE: Gitanas son malas cucas.

JUAN: ¿Y si vos fuédes ésta?

VIOLANTE: ¡Mas arre! Habrar con mesura;  
que entiendo poco de rayas,  
y no me precio de bruja.

JUAN: A lo menos hechicera  
debe ser vuestra hermosura,

y vos gitana de amor,  
que me dice la ventura.

VIOLANTE: Bellaca se la prometo,  
si es que a mí me la pescuda;  
porque mal la dirá buena  
quien se queja de la suya.

JUAN: Donaire tenéis.

VIOLANTE: Sin don;  
que en Vallecas más se usa  
el aire a limpiar las parvas,  
que el don que mes las ensucia.

¿Tienen de bajar por pan?

JUAN: ¿Es blanco?

VIOLANTE: Como el azúcar.

JUAN: ¿Sabroso?

VIOLANTE: Como unas nueces.

JUAN: ¿Reciente?

VIOLANTE: Que abrasa y suda.

JUAN: Todo lo que vos traéis,  
quema.

VIOLANTE: Seré calentura.

JUAN: ¿Habéisle vos amasado?

VIOLANTE: Pues.  
JUAN: ¿Vos misma?  
VIOLANTE: ¡No, si el cura!  
JUAN: Partilde, veré si es blanco.  
VIOLANTE: ¿Es antojo?  
JUAN: ¿Quién lo duda?  
VIOLANTE: ¿Preñado está?  
JUAN: De deseos.  
VIOLANTE: Pues no mueve la criatura.

*Pártele un pedazo de pan*

Tome.  
JUAN: Habéisle de partir  
con los dientes.  
VIOLANTE: De mi burra.  
¿Y querrá que se le masque?  
JUAN: También.  
VIOLANTE: Arre, que echa pullas.  
JUAN: Pan de vuestra hermosa boca,  
dado contra mordeduras

de celos, perros rabiosos,  
es pan que el amor saluda.

VIOLANTE: ¿Luego rabia su mercé?

JUAN: Casi, casi.

VIOLANTE: Doyle a Judas.

Apártese, no mos muerda  
y pegue el mal a mi rucia.

JUAN: Mientras vos estáis presente,  
no osa el mal hacerme injuria,  
que sois mi saludadora.

VIOLANTE: ¿De esa orina me gradúa?

JUAN: A soplos podéis sanarme;  
¡mirad qué barata cura!

VIOLANTE: Tráigame pues unos fuelles;  
daréle hartas sopladuras.

JUAN: Refrescadme el corazón,  
que en fuego de amor se apura.

Llegad, sopladme en la boca.

VIOLANTE: Póngala, si soplos busca,  
aquí, que está el sopladero

*Señala la cola de la burra*



de mi parda, con mesura.

JUAN: Acabad; no seáis cruel;  
soplad.

VIOLANTE: Arre, que echa pullas.

JUAN: Bien sabéis vos que os adoro.

VIOLANTE: Mejor sé yo que se burla;  
que no busca en charcos ranas  
quien tien en la corte truchas.

JUAN: Engañada estáis en eso;  
que, el que regalos procura,  
al campo a buscarlos sale;  
el conejo en la espesura,  
la liebre corre en llanos,  
y por la arena menuda  
las perdices y palomas;  
junto de las fuentes puras  
arma a los pájaros redes,  
y, alguaciles de sus plumas,  
las prende con varas altas  
de varetas, porque no huyan;

de suerte, que no hay regalo  
que a la mesa de la gula  
sirva platos de deleite,  
que el campo no lo produzga.

En el campo vivís vos;  
cazadora es mi ventura,  
caseras aves la enfadan,  
perdices del campo busca.

VIOLANTE: Pardiez, que en eso acertáis;  
que las aves o avechuchas  
de Madrid son papagayos,  
pluma hermosa y carne dura.

¡Quién se las ve pavonadas  
arrastrando catalufas,  
con más joyas que unas andas,  
y una iglesia colgaduras!

Si a pie, sobre nieve corchos  
afrenta de la pintura,  
dando a la plata de coces,  
que por los lodos ensucian;  
si a caballo, en cuatro ruedas,  
y la Fortuna sobre una;

porque, en fin, son más mudables  
tres veces que la Fortuna.

Pues desplomadas, veréis  
cuán poco aprovechó el cura  
cuando les puso en la iglesia  
la sal, porque no se pudran.

Puesto que los que las comen,  
nos suelen dar por escusa  
que, perdices y mujeres,  
aunque oliscan, no disgustan.

JUAN:           ¿Hay gracia más sazonada?  
Dame esa mano.

VIOLANTE:           ¡O hi de pucha!  
¿Y qué queréis her con ella?

JUAN:           La nieve de su blancura  
podrá mitigar mi fuego.

VIOLANTE:       ¿Es mi mano la de Judas,  
con que matan las candelas,  
dejando la iglesia a oscuras?

JUAN:           Dámela, no seas crüel.

VIOLANTE:       Hágase allá; no se aburra  
por ella; que tiene dueño.

JUAN: ¡Ea!

VIOLANTE: A fe que le sacuda.

¿No le he dicho que hay quien pida  
cuenta de ella?

JUAN: ¿Cuenta?

VIOLANTE: Y mucha,

JUAN: ¿Luego quieres bien?

VIOLANTE: Un poco.

JUAN: ¿Amor tienes?

VIOLANTE: Una punta.

JUAN: ¿Eres casada?

VIOLANTE: En eso ando.

JUAN: ¿Serás, pues. doncella?

VIOLANTE: En muda.

JUAN: ¿Estás concertada?

VIOLANTE: Estaba.

JUAN: ¿Y agora?

VIOLANTE: Se ofrecen dudas.

JUAN: ¿Qué esperas?

VIOLANTE: Que mos arrojen.

JUAN: ¿De dónde?

VIOLANTE: De la trebuna.

JUAN: ¿Para desposaros?  
VIOLANTE: Pues.  
JUAN: ¿Quién lo estorba?  
VIOLANTE: Mi fortuna.  
JUAN: ¿Tienes celos?  
VIOLANTE: Por arrobas.  
JUAN: ¿Con justas causas?  
VIOLANTE: Con justas.  
JUAN: Yo te vengaré.  
VIOLANTE: ¿Y podrá?  
JUAN: ¿Pues no?  
VIOLANTE: Es persona robusta.  
JUAN: ¿No es villano?  
VIOLANTE: Eslo en el trato.  
JUAN: Pues muera.  
VIOLANTE: ¿Quién lo rempuja?  
JUAN: Tu agravio.  
VIOLANTE: Él se enmendará.  
JUAN: Los míos.  
VIOLANTE: ¿En qué le enjuria?  
JUAN: En amarte.  
VIOLANTE: ¡A Dios pluguiera!

JUAN: ¿Es mudable?

VIOLANTE: Cual la luna.

JUAN: Aborrecerle.

VIOLANTE: ¿Por quién?

JUAN: Por mí.

VIOLANTE: Arre, que echa pullas.

JUAN: Labradora de mis penas,

que, contándome las tuyas,

entre lágrimas y celos

mi esperanza traes confusa,

si te casas y me dejas,

tu vida y mi sepultura

celebrará amor a un tiempo.

VIOLANTE: Habrá requies y aleluyas.

¿Parécele a su merced

que las labradoras usan

quillotros de amor, infame

si no es con voluntad lumpia?

JUAN: Limpio es mi amor.

VIOLANTE: Si le lava.

¿Casaráse él por ventura

comigo, como mi Antón?

JUAN: Por ventura, y será mucha  
la que el cielo me dará.

VIOLANTE: Es muy alto de estatura,  
y muy pequeña mi suerte.

JUAN: Amor las iguala y junta.

VIOLANTE: No sabré yo entarimarme,  
ni caminar campanuda  
en cuatro leguas de ruedo,  
como cesta de criatura.

¡Bonita es la muchacha  
para estarse hecha figura,  
sufriendo en una visita  
desacatos de una pulga!

El amor anda entre iguales;  
que no hay labrador que unza,  
si quiere arar igualmente,  
un camello y una mula.

Supuesto esto, o toman  
en casa, o adiós.

JUAN: Escucha,  
simple-sabia de mis ojos.  
Si palabras aseguran,

si juramentos obligan,  
si prendas desatan dudas,  
por la luz de esos dos soles  
que mis tinieblas alumbran,  
por el abril de esa cara  
que el enero no destruya,  
que, si hallo que tu opinión  
corresponde a tu hermosura,  
sin mirar en calidades  
--que amor no las pide nunca--,  
rendirte he, siendo tu esposo,  
la hacienda que me asegura  
dos mil ducados de renta.

VIOLANTE: Mire, si limpiezas busca,  
más cristiana vieja soy  
que Vizcaya y las Asturias.

JUAN: ¿Has cobrádome afición?

VIOLANTE: No sé qué diabros me hurga,  
desde que le ví, dentro al alma,  
que tien más de mil agujas.

Pero en fin, ¿se casará conmigo?

JUAN: Sin falta alguna.



VIOLANTE: ¿Y empalagaráse luego?

JUAN: Amor firme siempre dura.

VIOLANTE: Lo dulce luego empalaga,  
y, como el amor es fruta,  
suele comerse al principio,  
y enfadar después, madura.

JUAN: No hayas miedo de eso.

VIOLANTE: ¿A fe?

JUAN: Por tu vida.

VIOLANTE: ¿Y por la suya?

JUAN: Todo es uno.

VIOLANTE: En fin, ¿le agrado?

JUAN: Infinito.

VIOLANTE: ¿Iré segura?

JUAN: Noble soy.

VIOLANTE: ¿Querráme mucho?

JUAN: Adoraréte.

VIOLANTE: ¿De burlas?

JUAN: De veras.

VIOLANTE: ¿Regalaráme?

JUAN: Como a reina.

VIOLANTE: ¿Hará locuras?

JUAN: En quererte.

VIOLANTE: ¿Es amorado?

JUAN: Más que un portugués.

VIOLANTE: ¿Arrulla?

JUAN: Como paloma.

VIOLANTE: ¿Rezonga?

JUAN: De ningún modo.

VIOLANTE: ¿Mormura?

JUAN: Pocas veces.

VIOLANTE: ¿Es tahir?

JUAN: Sólo en amarte.

VIOLANTE: ¿Madruga?

JUAN: Poco.

VIOLANTE: ¿Viene tarde a casa?

JUAN: Vendré con el sol.

VIOLANTE: ¡Cordura!

¿Qué me llamará?

JUAN: Mi cielo.

VIOLANTE: ¡Y qué más!

JUAN: Mi sol.

VIOLANTE: Con uñas.

JUAN: Mí reina.

VIOLANTE: ¿Engalanaráme?

JUAN: Como abril.

VIOLANTE: ¿Diráme injurias?

JUAN: En mi vida.

VIOLANTE: ¿Andaré en coche?

JUAN: Y en carroza.

VIOLANTE: ¿Traeré puntas?

JUAN: De Flandes.

VIOLANTE: ¿Y azul?

JUAN: También.

VIOLANTE: ¿Saldré algunas veces?

JUAN: Muchas

VIOLANTE: ¿A visitas?

JUAN: Sí.

VIOLANTE: ¿Y a toros?

JUAN: Con balcón.

VIOLANTE: ¿Y confitura?

JUAN: Cuanta quieras.

VIOLANTE: ¿Si hay comedias?

JUAN: No las perderás.

VIOLANTE: ¿Ninguna?

JUAN: Ninguna, pues.

VIOLANTE: ¿Iré al Prado?

JUAN: Irás al sol.

VIOLANTE: ¿Y a la luna?

JUAN: El verano.

VIOLANTE: ¿Y qué ha de darme?

JUAN: El alma.

VIOLANTE: Arre, que echa pullas.

JUAN: ¡Polonia!

*Sale POLONIA*

POLONIA: ¿Qué es lo que mandas?

JUAN: Tomar todo el pan procura,  
y mete allá ese animal.

VIOLANTE: Hay media hanega.

JUAN: Haya una.

POLONIA: Pan hay para dos semanas.

*Vase POLONIA*

VIOLANTE: Sáqueme luego la burra;  
que anochece; y, si voy tarde,  
temo que mi viejo gruña.

¿Págueme?

JUAN: En este diamante.

VIOLANTE: ¡Han vido como relumba!

JUAN: Como tus ojos.

VIOLANTE: ¿Es falso?

JUAN: No hay cosa en mí falsa alguna.

VIOLANTE: ¿Y qué más?

JUAN: Esta cadena.

VIOLANTE: ¿De alquimia?

JUAN: Cual tu hermosura;  
de veinticinco quilates.

VIOLANTE: ¡Qué bien vende sus agujas!

JUAN: Y este bolsillo después.

VIOLANTE: ¿Son menudos?

JUAN: Es menuda,  
para tus merecimientos,  
cuanta hacienda entra en Sanlúcar.

VIOLANTE: Franco es.

JUAN: Sélo tú.  
VIOLANTE: ¿En qué?  
JUAN: En darme  
una mano.  
VIOLANTE: ¿No más que una?  
JUAN: Basta.  
VIOLANTE: Velas aquí dambas.  
JUAN: Vengan.  
VIOLANTE: Arre, que echa pullas.

*Salen don GÓMEZ, doña SERAFINA y un  
CRIADO*

GÓMEZ: Dejémosle por un rato  
descansar. ¿Qué te parece?  
SERAFINA: Que su presencia merece,  
noble y apacible trato,  
cualquier generoso empleo.  
GÓMEZ: No importa poco este abono.  
SERAFINA: Ya su tardanza perdono,  
si hizo mártir mi deseo.

¡Gallarda moza!

GÓMEZ: Don Juan,

¿qué labradora es aquésa?

JUAN: La que sazona tu mesa  
con el más sabroso pan  
que Vallecas dió a Madrid.

GÓMEZ: ¿Vos sois quien nos trajo ayer  
pan?

VIOLANTE: Y hoy lo vuelvo a vender.

GÓMEZ: Cada día acá venid;  
que, como iguale al primero,  
tendréis en mí un parroquiano.

¿Cómo dejaste al indiano  
y aquí te quedaste?

JUAN: Quiero  
prevenirle el aposento  
y dar en su cena traza.

GÓMEZ: Vaya ese mozo a la plaza.

JUAN: No habrá cosa de momento  
en ella; que es tarde ya.

GÓMEZ: La dispensa del Marqués,  
o la de algún ginovés,

mi güesped regalará,  
que se ha de quedar por hijo  
en casa.

SERAFINA:                    ¡Notable agrado  
tiene nuestro encomendado!

JUAN:                    ¿Ya le alabas?

SERAFINA:                    Ya le elijo  
por dueño.

*Salen don PEDRO y AGUDO*

PEDRO:                    No hay dar con él.

AGUDO:                    ¡Válgate el diablo por hombre!

Madrid es mar; no te asombre  
que no halles tan presto en él  
un atún, donde andan tantos.

PEDRO:                    No he perdonado mesón.

AGUDO:                    Casas de posadas son  
castillos de estos encantos.

PEDRO:                    De don Gómez, he sabido  
que vive aquí.



AGUDO:                               Imprudencia  
ha sido la negligencia  
que en descubrirte has tenido.

Háblale; que con su ayuda  
será más fácil hallar  
este diablo.

PEDRO:                               Ha de dudar  
de mí.

AGUDO:                               Entre tanto que duda,  
dando señas de quien eres,  
esotro parecerá.

PEDRO:                               Aquí don Gómez está.

AGUDO:                               Cuanto más te detuvieres,  
más agravias a tu amor.

Pero ¿conócesle?

PEDRO:                               Sí.

Ayer mañana le ví.

AGUDO:                               Pues llega a hablarle, señor.

PEDRO:                               Si vuestros brazos merece  
quien, por gozar vuestra casa,  
el piélago inmenso pasa  
que sepulcro al sol ofrece,

los trabajos restaurad  
de viaje tan prolijo  
en quien, siendo vuestro hijo,  
hace deudo la amistad  
que con mi padre tuvistes,  
y por vos España goza;  
don Pedro soy de Mendoza.

GÓMEZ: ¿Cómo es eso?

PEDRO: Si escribistes

a don Diego, mi señor,  
a deseos de que viniera  
de Méjico, y mereciera  
juntar en uno el valor  
de vuestra casa y la mía;  
en fe de cumplirlos vengo,  
puesto que ocasiones tengo  
más de pesar que alegría.

GÓMEZ: Caballero, no os entiendo.

¿Que sois don Pedro decís  
de Mendoza, y que venís  
de Méjico?

VIOLANTE: (¿Qué estoy viendo?)

Aparte

¿No es éste aquel caballero  
que la maleta trocó,  
y el engaño declaró  
de mi don Gabriel? ¿Qué espero?)

PEDRO:           Muy cuidadoso entendí  
que en mi venida os hallara;  
mas quien tan seco repara  
en mis palabras así,  
no debe de aguardar yerno  
de Indias, o habrá tenido  
nuevas que se habrá perdido.  
Creí que, amoroso y tierno,  
mi nombre apenas dijera,  
quando os hallara colgado  
de mi cuello, y que, turbado,  
mientras la lengua pudiera  
darme alegre el bienvenido,  
los ojos le interpretaran  
con lágrimas que mostraran  
el amor que habéis fingido.

GÓMEZ:    ¡Ah don Juan! ¿No escuchas esto?

Serafina, ¿esto no ves?

PEDRO: ¿Aquéste el serafín es  
que en tanto riesgo me ha puesto?

¿Vos sois don Juan de Peralta?

Dadme los brazos los dos.

SERAFINA: Téngase, señor. ¡Ay Dios!

¡Qué grosero!

PEDRO: ¡Esto me falta,  
tras la pérdida pasada!

Desengáñalos, Agudo.

AGUDO: De admiración estoy mudo.

PEDRO: ¡Oh Madrid, Creta encantada!

¿Esto es lo que en tí medro?

JUAN: Que vos don Pedro os llaméis

de Mendoza o no, sabréis

que el verdadero don Pedro

ha un hora que en casa está

por hijo de ella admitido,

por cartas reconocido,

y por las señas que da.

GÓMEZ: Si la corte os ocasiona

y sus enredos a usar

marañas con qué engañar,  
no es digna vuestra persona  
de tan rüin proceder.

SERAFINA: Mejor fuera dar noticia  
de este engaño a la justicia.

PEDRO: ¡Cielos! ¿ esto vengo a ver?  
No me espanto que, engañado,  
señor don Gómez, neguéis  
en quien nunca visto habéis  
la acción que el cielo me ha dado.  
Ese don Pedro fingido  
es un embelecador,  
en sus engaños traidor,  
si en su talle bien nacido,  
que, hurtándome hacienda y nombre  
en Arganda el otro día,  
pagó así mi cortesía  
y regalos, porque es hombre  
que, engañando con el traje  
a quien en su casa le honra,  
las hijas nobles deshonra  
en pago de su hospedaje.

Huyendo de Flandes viene,  
como dirá este papel,  
y el capitán don Gabriel  
de Herrera por nombre tiene.

Palabra de esposo dió  
a cierta doña Violante  
en Valencia, y al instante  
se fué que la deshonró.

Si no basta esta experiencia,  
en casa le recibid;

que mejor hará en Madrid  
embelecos que en Valencia;

y admítale por amante  
vuestra hija, si a él se inclina,

porque doña Serafina  
consuele a doña Violante.

VIOLANTE:       (¡Bueno anda, cielos, mi  
honor,

Aparte

y buena anda también, cielos,  
la confusión de mis celos  
y el crédito de mi amor!)

GÓMEZ: ¿Hay enredo más extraño?  
Llamadme a don Pedro acá.

SERAFINA: No le llamen; que será  
ocasión de algún gran daño.

Éste será su enemigo,  
que por este modo intenta  
hacer a don Pedro afrenta;  
y crean, pues yo lo digo,  
que el corazón no me engaña.

Porque ¿quién ha de creer  
que tal se atreviera a hacer  
un hombre a quien acompaña  
tan noble disposición?

¿No autorizan su nobleza  
las joyas que con largueza  
me acaba de dar? ¿No son  
las cartas testigos fieles  
que del virrey ha traído,  
las que de su padre has leído,  
las libranzas y papeles,  
de más de treinta mil pesos,  
con que mentiras contrasta?

Yo le quiero bien, y basta.

PEDRO: ¿Hay más confusos sucesos?

AGUDO: Ahora entra el hablar yo.

A pagar de mi dinero,  
que ese pardo caballero  
la maleta nos llevó,  
por mi culpa y nuestro daño  
en Arganda, y que en su vida  
vió a Méjico; y, si es servida,  
salga aquí, y verá su engaño.

Y si no, porque aproveche,  
respóndame a este argumento:

las islas de Barlovento

¿cuántas son? ¿Dónde es Campeche

¿Cómo se coge el cacao?

Guarapo, ¿qué es entre esclavos?

¿Qué fruta dan los guayabos?

¿Qué es cazaba, y qué jaojao?

SERAFINA: ¿No ves como están sin seso?

Repara en los disparates  
que dicen.

GÓMEZ: Casa de orates



es la corte.

PEDRO: ¿Cómo es eso?

Vive Dios, que me obliguéis  
a que dé en la calle voces,  
y saque ese infame a coces,  
cuando esconderle intentéis.

GÓMEZ: Miren si crece la furia!

No hay que hablar; locos están.

Échalos de aquí, don Juan.

PEDRO: Cuando me hagáis esa injuria,

os hará creer quien soy

la espada que al lado ciño.

JUAN: ¡Pobre mozo!

GÓMEZ: ¡Buen aliño

de don Pedro!

AGUDO: Ya me doy

por conventual del Nuncio.

No nos lleven a Toledo;

vámonos, que tengo miedo

de aquestos hombres. Renuncio

el título que hasta aquí

tuve de indio.

PEDRO:                                ¡Qué consienta  
tal burla el cielo en mi afrenta!

SERAFINA:    Ya le torna el frenesí.

PEDRO:            Vive Dios, que he de sacalle  
a estocadas acá fuera.

Veamos si esta quimera  
osa afirmar en la calle.

Ya de veras me provoco,  
y el seso y paciencia pierdo.

SERAFINA:    Padre, teme, si eres cuerdo,  
la espada en manos de un loco.

Déjalos en el zaguán.

GÓMEZ:            Cierra aquesa puerta apriesa.

JUAN            Entraos acá, mi Teresa.

VIOLANTE:    Ya yo sé, señor don Juan,  
amansar locos.

*Vanse todos y quédanse doña VIOLANTE,  
don PEDRO y AGUDO*

VIOLANTE:                                Pesada

burla, don Pedro, os han hecho,  
pero aquí no es de provecho  
mostrar razones ni espada.

¿Conocéisme?

PEDRO: ¿No sois vos  
la villana de Vallecas?

VIOLANTE: Sí, que entre artesas y rucas  
me han dado de dos en dos  
los oficios, ya de hilar,  
ya de amasar y traer  
pan a Madrid que vender.  
Bien pudiera atestiguar  
lo que cerca de esto sé,  
y yo por mis ojos ví;  
pero, si admitís de mí  
los consejos que os daré,  
dejad pasar esta furia,  
y entre tanto prevenid  
quien os conozca en Madrid  
y libre de tanta injuria;  
que imposible es que no haya  
algunos en esta villa,

que en Méjico, o en Sevilla  
cuando pisastes su playa,  
no sepan quién sois.

PEDRO: Hay ciento  
en Sevilla; mas no sé  
si en Madrid los hallaré.

VIOLANTE: Escribid allá.

PEDRO: Eso intento;  
mas si entre tanto se casa...

VIOLANTE: Eso no; yo os lo aseguro.

Venir cada día procuro  
con pan reciente a esta casa.

Tengo ya mucha amistad  
con la Serafina bella,  
y suelo hablar con ella  
con gusto y con igualdad.

En lo que os podré servir  
es que, entre tanto que halláis  
los testigos que buscáis,  
me obligue yo a persuadir  
que vuestra dama dilate  
sus bodas, porque llevarlo

así a veces, será echarlo  
a perder.

AGUDO:                               Que es disparate.

PEDRO:                       Si vos, bella labradora,  
eso hiciédeses, sería  
la hacienda y la vida  
mía vuestra perpetua deudora.

VIOLANTE:           La lástima que me hacéis,  
me obliga a que por vos haga  
esto, sin querer más paga.

PEDRO:           Buena de mí la tendréis.

VIOLANTE:           No os canséis en la demanda,  
hasta que halléis quien de vos  
dé noticia. Adiós.

PEDRO:                               Adiós.

AGUDO:                ¡Válgate el diablo el Arganda!

*Vanse los dos*

VIOLANTE:           Basta, que aquí está el ingrato  
ocasión de mis querellas,

y que en engañar doncellas  
ha puesto caudal y trato.  
Ya yo supe desde ayer  
que era ésta la Serafina  
que al indiano desatina  
y mi esposo vino a ver.  
A don Juan traigo perdido,  
y téngole de enlazar,  
por lo que me ha de importar  
el tenerle entretenido.  
Amor, pues tanto embelecas,  
dame algún discreto ardid  
con que celebre Madrid  
la villana de Vallecas.

*Vase. Salen don VICENTE y AGUADO*

VICENTE:           ¿Tú en la corte, traidor? ¿Qué  
es de mi hermana?  
Contigo huyó sin honra y sin recato;  
tú sabes de ella, y quien me afrenta sabes.

Dímelo, o vive Dios que en tí comience  
a dar principio a mi venganza honrada.

AGUADO: Detén, señor, la furia con la es-  
pada.

Verdad es que salí con mi señora  
la misma noche que la echaste menos,  
porque, burlada de promesas leves  
de un soldado de Flandes que allí vino,  
a trueque de palabras y de firmas,  
le dió la posesión de su honra y fama.  
Enamorada de botones de oro,  
y de plumas ligeras que volaron  
con su ingrato soldado fugitivo,  
la enseñó, aunque fué tarde, su escarmiento,  
que, quien en plumas fía, cobra en viento;  
salimos de Valencia; mas no pienses  
que puedan tanto en ella sus agravios,  
que al qué dirán del vulgo impertinente  
arriesgue su opinión por los caminos,  
viniendo tras su amante hasta en la corte;  
antes, juzgando por indigna cosa,  
vivir en tu presencia deshonorada,

y a vista de los ojos de Valencia,  
--que el noble, aunque afrentado, si es discreto,  
piensa que todos saben su secreto--  
de mi lealtad fiada, hasta Monviedro  
salió conmigo, y en la real clausura  
que de Santa Matrona tiene nombre,  
a la abadesa dió, por ser su tía,  
cuenta de su desgracia, y, entre tanto  
que el cielo da remedio a sus injurias,  
encerrada y llorando cada día,  
maldice la mujer que en hombres fía.  
Prometíla venir a Madrid luego  
en busca de don Pedro de Mendoza  
y don Gabriel de Herrera, que disfraza  
aqueste nombre, que es el verdadero,  
para engañar mejor con el primero;  
y quiso Dios que en la posada misma  
que tomé en esta corte, se aposenta  
el autor cauteloso de tu afrenta.  
Porque, creyendo entrar en mi aposento,  
entré en el suyo, y ví sobre un bufete  
billetes de tu hermana y mi señora,



que en fe de sus amores la escribía  
cuando en Valencia conquistó su fama;  
y, de algunos papeles que con ellos  
hallé revueltos y leí curioso,  
supe llamarse don Gabriel de Herrera,  
ser capitán de Flandes, y haber muerto  
a un ilustre tudesco, a cuya causa,  
huyendo de castigos y temores,  
viene a Madrid con cartas de favores.  
Ésta es la verdad pura, y porque sepas  
si la digo o si miento, aguarda un poco;  
sacaré los papeles, que aquí dentro  
de tus azares han de ser encuentro.

*Vase*

VICENTE:      Honra, si esto es verdad, dadme  
en albricias  
el gusto que me falta por perderos.  
Si el capitán ingrato tiene prendas  
dignas de mi valor, y restituye

a mi hermana la honra que ha usurpado,  
será, en vez de enemigo, mi cuñado.

*Sale AGUADO*

AGUADO:        Abierto el aposento se dejaron,  
porque en falso la llave en él echaron.  
¿No es de doña Violante aquesta letra?  
Estos versos ¿no son en su alabanza?  
Y en ellos ¿no blasona avergonzado  
un sol, de quien el otro fué traslado?  
Mira pues esta carta, y saca de ella  
cómo se llama este don Pedro falso,  
la muerte del tudesco y su venida,  
y estima mi lealtad agradecida.

*Don VICENTE lee los papeles aparte*

De molde ha venido el hospedaje  
en la misma posada de don Pedro;

que, aunque de las maletas supe el truco,  
y sé que el pobre indiano está inocente,  
entre tanto que el otro no parece,  
sosegaré la furia valenciana  
de mi señor, padezca o no padezca  
don Pedro de Mendoza; que, pues finjo  
que la villana noble está en Monviedro,  
este enredo ha de ir de Pedro a Pedro.

VICENTE: Ya doy por bien empleada mi  
venida.

En la corte no es cuerdo el que negocia  
casos de honra por armas, que se quedan  
en la calle, saliendo a poner paces  
sus vecinos, y, siendo pregoneros,  
a una verdad añaden muchos ceros.

Más vale averiguarlo por justicia,  
y, haciéndole prender seguramente,  
el qué dirán huir del vulgo y gente.

Llámame un alguacil de corte al punto.

AGUADO Con él vuelvo al instante. (El  
mejicano Aparte  
perdone; que este enredo importa ahora

a mi vida y honor de mi señora.)

*Vanse. Salen don PEDRO y AGUDO*

PEDRO:           Agudo, ¿aquésta es España?  
¿Castilla y su corte es ésta,  
tan celebrada en las Indias  
en el término y llaneza?  
Los que de España pasaban,  
nos decían en mi tierra  
que los dobleces y engaños  
eran naturales de ella;  
bien lo experimento en mí,  
pues en Madrid entro apenas,  
cuando confunden mi dicha  
los laberintos de Creta.  
No hallo nobleza sencilla,  
amistad que permanezca;  
caballos de Troya son  
cuantos la corte sustenta.  
¿Qué he de hacer menospreciado,

sin crédito y sin hacienda,  
tenido por loco en casa  
de don Gómez?

AGUDO: Trocar quejas  
en diligencias, señor.

Hoy es día de estafeta;  
escribe luego a Sevilla  
a algún amigo que venga  
y traiga hecha información  
de quién eres, con que puedas  
desmentir de tu contrario  
invenciones y quimeras.

El capitán del navío  
en que veniste, en nobleza  
y amistad es otro tú,  
si, no miente la experiencia.

Amigo fué de tu padre;  
con su camarote y mesa  
te obligó en la embarcación,  
trayéndote por su cuenta;  
él y los que te conocen  
desharán aquesta tela,

que tantas marañas urden,  
y tanta mentira enreda.  
Acude a los mercaderes  
de esta corte, a quien las letras  
vienen que de Indias trujiste,  
porque cobrallas no pueda  
quien cobra las de tu amor;  
que, con estas diligencias,  
averiguando verdades,  
saldremos de esta molestia.

*Sale don VICENTE*

VICENTE:      (¡Válgame el cielo! Si es éste  
Aparte  
el vil autor de mi afrenta,  
venganza, tened la espada;  
que aquí ha de hacer la prudencia  
más que el enojo arrojado.)

*Salen don GÓMEZ, don GABRIEL, don JUAN, doña SERAFINA, doña VIOLANTE y CORNEJO*

GABRIEL:      ¿Hay semejante insolencia?  
Dejadme, señor don Gómez.

JUAN:            Deteneos.

GABRIEL:            ¿Que me detenga  
me aconsejáis vos, don Juan?  
¡Vive Dios...!

*Habla aparte CORNEJO a su amo*

CORNEJO:            ¿Qué es lo que intentas?  
¿Para qué a don Pedro buscas?

GABRIEL:      ¡Que haya en Madrid quien se  
atreva  
a tan gran bellaquería!  
¡Que haya quien afirmar pueda

que no soy don Pedro yo!

CORNEJO: No levantes polvaredas  
que han de darnos en los ojos.

SERAFINA: ¡Que mis lágrimas no sean  
bastantes a refrenar,  
don Pedro, la furia vuestra!

GÓMEZ: Serafina, ¿tú también  
sales acá?

SERAFINA: No respeta  
en los peligros Amor  
imposibles que no venza.

Temo que alguna desgracia  
a mi esposo le suceda,  
que viene tras estos locos,  
y el alma tras sí me lleva.

VIOLANTE: (¡Ay, cielo! ¿en qué laberintos  
Aparte

mis desventuras enredan  
la esperanza de mi amor,  
medio verde y medio seca?

¿Qué es lo que intenta el ingrato  
de mi amante, que encadena



tanto eslabón de mentiras  
en su daño y en mi ofensa?  
Sus pasos cual sombra sigo,  
porque es imán su presencia  
de los yerros de mi amor;  
mi dicha a dorarlos vuelva.)

JUAN:           Aldeana de mis ojos,  
¿qué hacéis vos aquí?

VIOLANTE:                               Soy muerta,  
señor don Juan, por hallarme  
entre pleitos y pendencias.  
¡Par diez que habemos de ver  
el fin que tienen aquéstras!

JUAN:           En todo sois de buen gusto.

VIOLANTE:    Haylos bravos en mi aldea.  
(¡Cielos! aquí está mi hermano.     Aparte  
Si me ve, mi muerte es cierta.

Sayal, villanos rebozos,  
mi vida se os encomienda.)

GABRIEL:     ¿Sois vos el que, en desacato  
de mi fama y mi nobleza,  
pretendistes usurpar

mi apellido y nobles prendas?  
¿Sois el que afirmáis venir  
de Nueva España, y me afrenta  
diciendo que os he robado  
la esposa, el nombre, y la hacienda  
¿El que el blasón de Mendoza,  
que mi sangre antigua hereda,  
os aplicáis, afirmando  
que soy don Gabriel de Herrera,  
que huyendo vengo de Flandes,  
que he deshonrado en Valencia  
una mujer principal,  
y otras marañas como éstas?

PEDRO:       A atrevimiento tan grande,  
por no decir desvergüenza,  
mejor será que os responda  
la espada, que no la lengua.  
No sólo afirmo eso mismo;  
pero, conforme a las muestras  
de vuestro villano trato  
y rüin correspondencia,  
digo que tampoco sois

don Gabriel, aunque desmienta  
los papeles que os abonan,  
quizá falseando letras,  
porque sujeto tan vil,  
¿cómo es posible que tenga  
sangre generosa y noble,  
cuando se honra con la ajena?  
Que el hurtar en las posadas  
honras que vendéis por vuestras,  
como habéis hecho conmigo,  
no será en vos cosa nueva.  
Pero ¿qué sirven razones  
a quien no hace caso de ellas?  
Firme en mi abono la espada  
lo que en mi derecho aprueba.

*Saca la espada*

GABRIEL:     ¿Hay iguales desatinos?  
Agora digo es de veras  
el estar este hombre loco;

mas curarále la pena.

Apartaos, mi Serafina;

quitaos, don Juan.

JUAN:    No es prudencia  
sentirse de quien no agravia.

Pase esto por burla y fiesta.

GÓMEZ:            Yo estoy de quien sois seguro,

Serafina satisfecha,

conocido este embeleco;

¿qué hay pues que indignaros pueda?

*Salen un ALGUACIL y AGUADO*

AGUADO:            El alguacil que mandaste,  
es éste.

VICENTE:            A buen punto llega.

ALGUACIL:        Ya estoy del caso enterado.

¿A quién me mandáis que prenda?

VICENTE:        A este enredador de España;

que, según son las quimeras

que hace, no hallo otro nombre

que más propio le convenga.

ALGUACIL: Soltad, hidalgo, las armas.

PEDRO: ¿Yo?

ALGUACIL: Pues ¿quién queréis que sea?

Veníos conmigo a la cárcel.

AGUDO: (¿Hay por aquí alguna iglesia?)

Aparte

ALGUACIL: ¡Hola! tené ese lacayo.

CORNEJO: Téngase al rey.

AGUDO: Pues ¿tú llegas?

CORNEJO: Yo llego.

AGUDO: ¿Quieres trocarme por otro como maleta?

PEDRO: ¿Qué nuevas persecuciones, crüel España, son éstas?

¿Qué insultos he cometido?

¿Es cuestión, es muerte, o deudas?

ALGUACIL: Todo junto.

PEDRO: ¿Qué decís?

ALGUACIL: La deuda es de una doncella, la muerte de un capitán,

y ésta la riña o pendencia.

Los papeles que con vos  
traéis son los que os condenan.

VICENTE: Y yo la parte y el todo;  
que, a teneros en Valencia,  
de otra suerte averiguara  
vuestro insulto y mis afrentas.

GABRIEL: Pues ¿qué es esto, caballero?

VICENTE: Cosas indignas apenas  
de crédito, aunque se ven.

Si he de sacar consecuencias  
de lo que aquí os he escuchado,  
éste es don Gabriel de Herrera,  
de el Mendoza usurpador,  
que a mi hermana menosprecia;  
a mí me trae en su busca,  
y a vos sus culpas os echa.

PEDRO: Cielos! ¿En qué os he ofendido?  
No ha tres semanas enteras  
que tomé puerto en Sanlúcar  
--¡sepultárame su arena!  
Pues ¿cómo en tan corto

espacio os pude yo hacer ofensa?

Mirad que el que os agravió  
es este traidor, que intenta  
levantarse con mi esposa,  
con mi nombre y con mi hacienda.

SERAFINA: ¡No está mala la invención!

PEDRO: Agudo, ¿cómo no alegas  
todo lo que en esto sabes?

AGUDO: Cuando necesario sea,  
diré lo que en esto sé;  
que, desmentir tantas lenguas,  
es navegar contra el viento.

PEDRO: Vos, hermosa panadera,  
¿no sabéis lo que en esto hay?

VIOLANTE: ¿Yo? ¿De qué quiere lo sepa?  
¿Hele visto yo en mi vida?

PEDRO: ¿Hay confusiones como éstas?  
¿No estuvistes vos presente,  
hidalgo, en aquella aldea,  
donde supistes el caso  
y truco de las maletas?

AGUADO: ¿En aldea yo con vos?

Ya no me espanto que os tengan  
por embaidor o por loco;  
¡Conmigo vos!

PEDRO:                               En Vallecas.

AGUADO:           ¿Dónde cae esa ciudad?

PEDRO:           ¡Un rayo caiga y me encienda!  
Que, pues son contra mí todos,  
ya la vida me molesta.

ALGUACIL:       Vengan los dos a la cárcel.

*Llévanlos*

VIOLANTE:       (Por librar mi ingrato de ella,  
Aparte  
fingí ignorar lo que ví;  
que el amor tiene más fuerza  
que la injuria.)

GÓMEZ:                               ¡Extraño enredo!

GABRIEL:       Con esto no habrá sospecha  
acerca de mi opinión,  
que a descomponerme venga.



GÓMEZ: Pues de vos ¿cuándo la hubo?

SERAFINA: Luego dije yo quién era el enredador. ¡Jesús!

¡Que esto en Madrid se consienta!

VICENTE: Adiós, caballero.

GABRIEL: Adiós.

Servíos de la casa nuestra;

y el fin que vos deseáis

aquestos sucesos tengan.

VICENTE: Bésoos, señores, las manos.

*Vase don VICENTE*

VIOLANTE: Aguado.

AGUADO: Señora.

VIOLANTE: Ordena de verme.

AGUADO: ¿Cuándo?

VIOLANTE: Mañana.

AGUADO: Si iré.

*Vase AGUADO*

JUAN:                    ¡Qué! ¿ Vaisos, Teresa?

VIOLANTE:            ¿No le parece que es hora?

JUAN:                Aunque es noche, no hay tinieblas  
donde vos estáis, que sois...

VIOLANTE:          Dirá que sol o linterna.

GABRIEL:          Todo se hace bien, Cornejo.

CORNEJO:          Date con la dama priesa;  
que por Dios que tengo el alma  
con más de mil tembladeras.

*Vanse todos; quédanse don JUAN y doña  
VIOLANTE*

JUAN:                ¿Queréis que vaya con vos?

VIOLANTE:          ¿Para qué? Mi pueblo es cerca,  
la burra, al venir, de plomo,  
pero de pluma a la vuelta.  
No le faltará a quien ronde

acá su merced; que hay rejas,  
y redendijas también.

JUAN: Rondará memorias vuestras  
el pensamiento, no más.

¿Quién hay en Madrid que pueda  
competir con vos?

VIOLANTE: ¿A fe?

JUAN: ¿Qué, me dejáis?

VIOLANTE: ¿Qué, se queda?

JUAN: A oscuras.

VIOLANTE: Pues Dios le alumbre.

JUAN: ¿Qué mandáis?

VIOLANTE: Que cene y duerma.

JUAN: No podré.

VIOLANTE: ¿Por qué ocasión?

JUAN: Por vos.

VIOLANTE: ¿Pues soy yo dieta?

JUAN: De mis gustos.

VIOLANTE: ¿Tiene muchos?

JUAN: Cuando os miro.

VIOLANTE: ¿Y en mi ausencia?

JUAN: Mil tormentos.

VIOLANTE: ¿Quién los causa?

JUAN: La villana de Vallecas.

## FIN DEL SEGUNDO ACTO

---

## ACTO TERCERO

---

*Salen doña VIOLANTE, de dama; y don LUIS de Herrera; y AGUADO*

VIOLANTE: En fe de la cortesía  
a que es un noble obligado,  
y de vos mi dicha fía,  
os he, señor, suplicado  
que honréis mi casa este día;

porque después que he sabido  
que de don Gabriel de Herrera  
sois primo, me he prometido  
el buen suceso que espera  
mi honor, por él ofendido.

LUIS:            Cuando de venir a veros  
no consiga otro interés,  
señora, que conoceros,  
y que me mandéis después  
servicios que intento haceros,  
estimaré mi ventura,  
dando a todos que invidiar;  
pues si agradaros procura,  
¿qué más premio que obligar  
y servir tal hermosura?  
Primo soy, como decís,  
de don Gabriel, y he sabido,  
si agraviada de él venís,  
que está en Madrid y que ha sido,  
del modo que me advertís,  
quien a una doña Violante  
palabra en Valencia dió,

y, huyendo al fin inconstante,  
como mercader quebró  
correspondencias de amante.  
He sabido que está preso  
por su hermano, que ha venido  
a castigar este exceso,  
y que en Madrid, persuadido  
de su amor o poco seso,  
a una doña Serafina,  
bella, ilustre, rica y moza,  
hacer creer determina  
que es don Pedro de Mendoza,  
con quien casar imagina,  
y viene de Indias a España.  
Fingiendo no sé qué trueco,  
principio de esta maraña,  
con uno y otro embeleco  
a cuantos le ven engaña.  
Su hermano mayor es muerto  
en Granada, habrá ya un mes;  
y como tuve por cierto  
que estaba en Flandes, después

que hice poner en concierto  
el mayorazgo que hereda,  
de tres mil y más ducados,  
para que saberlo pueda,  
dos pliegos van duplicados,  
sin otro que en casa queda.

Tuve entre tanto noticia  
que había llegado aquí,  
y le prendió la justicia;  
mas, como nunca le ví,  
por profesar la milicia  
desde niño, hasta saber  
cuál de estos dos es mi primo,  
no me he dado a conocer,  
ni le he hablado; aunque me arrimo  
al más común parecer  
de que es don Gabriel el preso,  
y don Pedro de Mendoza  
el que en aqueste suceso  
el nombre y posesión goza.

VIOLANTE: No tenéis que dudar de eso.

LUIS: Diciéndolo vos, ya fuera

mi duda poco cortés.  
Mas, ¡que don Gabriel de Herrera  
el amoroso interés  
que en vuestra hermosura espera,  
desestime! ¡Vive Dios,  
que estoy por desconocerle!  
Porque, agraviándoos a vos,  
es culpa el favorecerle,  
pues nos afrenta a los dos.  
Cuando esa hermosa presencia  
su nobleza no obligara  
a justa correspondencia,  
el veros venir bastara  
en su busca de Valencia,  
para pagar liberal  
las deudas de vuestro honor  
que ha negado desleal,  
debiendo a tan firme amor  
las costas y el principal.  
Pero yo tomo a mi cuenta,  
señora, haceros vengada,  
por más que el bárbaro intenta



dejar su sangre manchada  
con tan conocida afrenta.  
La palabra que os ha dado,  
hacer hoy que os cumpla quiero;  
que es insulto en él doblado  
el quebrarla caballero,  
y el no cumplirla soldado.

VIOLANTE:       Discreto habéis prevenido  
las quejas que os vengo a dar,  
y, pues me habéis conocido,  
por vos pienso restaurar  
mi fama y honor perdido.  
En vos, señor don LUIS,  
pongo toda mi esperanza.

LUIS:       Si mi palabra admitís,  
ella os dará venganza,  
el honor por quien venís.  
A la cárcel voy a ver  
a vuestro ingrato deudor,  
y, si sabe conocer  
las prendas de vuestro amor,  
fácil será deshacer

esta quimera, y soltarle;  
que amigos tengo en Madrid  
con que poder ayudarle.

VIOLANTE: Que está mi hermano advertid  
aquí, y que viene a buscarle,  
y importa que esté ignorante  
de que en esta corte asisto.

LUIS: No temáis, bella Violante;  
que, pues la hermosura he visto  
que despreció vuestro amante,  
o no me tendrá por primo,  
o por esposa os tendrá.

VIOLANTE: Vuestro favor noble estimo,  
pues seguro fin tendrá  
mi amor, siendo vos su arrimo.  
Yo soy madrina mañana  
de una hermosa labradora  
en Vallecas...

LUIS: Poco gana  
a vuestro lado, señora,  
y en escoger fue villana,  
porque ¿qué ha de parecer

en vuestra bella presencia?

VIOLANTE: Bien puede, don Luis, hacer a las damas competencia que en Madrid estimáis ver. Hame hospedado en su casa --porque encubierta, desde ella supe lo que en esto pasa, y quién es la Circe bella que a mi don Gabriel abrasa-- y quiere en esto cobrar el hospicio que la debo.

LUIS: Una cosa he de intentar. Si yo allá a don Gabriel llevo, y le viniese a obligar , que os diese de esposo allí la mano, ¿no es peregrina traza?

VIOLANTE: A suceder así, será novia la madrina.

LUIS: Pues dejadme hacer a mí; que, si yo negociar puedo que le suelten en fiado,

deshaciendo tanto enredo,  
a vuestro amor y cuidado  
he de asegurar el miedo.

La corte he de revolver  
hoy para hacerle soltar.

VIOLANTE: Dificultoso ha de ser.

LUIS: Mis amigos han de dar  
muestras hoy de su poder.

Cuando sepan el valor  
del preso, y que es primo mío,  
con un seguro fiador  
que salga por él, confío  
que han de hacerme este favor.

Mañana estamos los dos  
allá, porque estoy dispuesto,  
señora, a volver por vos.

VIOLANTE: No le digáis nada de esto.

LUIS: Pues claro está. Adiós.

VIOLANTE: Adiós.

*Vase don LUIS*

AGUADO: ¿A qué propósito son.  
tantas marañas?

VIOLANTE: Después  
que vieres su conclusión,  
dirás que la mujer es,  
Aguado, toda invención.

AGUADO: Si es don Pedro el que está  
preso,  
¿para qué por don Gabriel  
le haces soltar?

VIOLANTE: Te confieso  
que tengo lástima de él,  
y temo no pierda el seso.  
Fuera de que no me está  
su libertad mal a mí,  
pues suelto averiguará  
quién es, estorbando así  
lo que preso no podrá.

AGUADO: Pues ¿para qué le has culpa-  
do  
con su primo, y has fingido

que fe de esposo te ha dado,  
que aquí por él has venido,  
y que le lleve has trazado  
a Vallecas a casarle?

VIOLANTE: No he hallado modo mejor  
que el que ves para obligarle  
que ponga en esto calor,  
y haga más presto soltarle.

AGUADO: Y allá ¿qué habemos de hacer  
con ellos?

VIOLANTE: Déjame a mí.

AGUADO: Demonio es una mujer.  
Hasme hecho buscar aquí  
esta casa de alquiler  
con todo aqueste aparato...

VIOLANTE: Lo que se halla por dinero  
en ocasión es barato.

AGUADO: Dejas el traje grosero,  
y sólo para este rato  
has despojado una tienda  
y tres sastres ocupado.  
No hay ingenio que te entienda.

VIOLANTE: De curioso en necio has dado.  
Mientras hay joyas que venda,  
ni mis gastos te den pena,  
ni pretendas saber más  
de lo que mi amor te ordena.

Lámame a don Juan.

AGUADO: ¿Querrás  
hacerle otra burla?

VIOLANTE: ¡Y buena!

Hícele avisar que aquí  
una dama le esperaba  
mejicana.

AGUADO: ¿Y vendrá?

VIOLANTE: Sí.

AGUADO: A su puerta te aguardaba,  
haciéndose ojos por ti,  
sin que villana pasase,  
que su bella panadera  
luego no se le antojase.

VIOLANTE: Ayunará, si hoy espera  
pan que Teresa le amase.

AGUADO: ¿Pues no te ha de conocer,

si viene, habiéndose visto  
tantas veces?

VIOLANTE:                               ¿No ha de hacer  
el traje noble que visto  
mudanza en mí? Una mujer,  
con el traje, si reparas,  
muda el rostro.

AGUADO:                               Maravillas  
hacéis las mujeres, raras,  
pues de cuatro salserillas  
sabéis sacar veinte caras.  
Pero don Juan viene ya.  
¿Qué maraña tienes nueva?

VIOLANTE:    Ingeniosa. Éntrate allá.

AGUADO:      (Si el demonio engañó a Eva,  
Aparte  
pruebe en mi ama; que él caerá.)

*Vase AGUADO, y sale don JUAN*

JUAN:                El deseo de saber...



(¡Válgame el cielo! ¿Qué eo?                      Aparte

¿No he visto yo esta mujer  
otras veces?) El deseo

de saber qué pueda ser  
la causa, hermosa señora,  
para enviarme a llamar...

(¿No es ésta la labradora                      Aparte

que vino a tiranizar  
el alma que en ella adora?)

Digo pues que este deseo  
a serviros me ha traído.

(Su imagen en ella veo,                      Aparte

y, aunque lo niega el vestido,  
su cara y mis ojos creo.

Su retrato es y traslado.)

Y como el deseo que digo  
mi venida ha apresurado,  
deseo que uséis conmigo...

VIOLANTE:     Vos, señor, venís turbado.

Sentaos; toma esa silla.

Sosegaos y hablad después.

JUAN:            No os cause esto maravilla;

que vuestra belleza es  
tal, que mi sentido humilla.  
Y, si yo no me he engañado,  
otra vez, señora mía,  
os he visto y os he hablado.  
No sé dónde.

VIOLANTE:                                      Ser podría  
si en Méjico habéis estado.

JUAN:                                      ¿Y no en Madrid?

VIOLANTE:                                      Dudoló.

JUAN:                      Pues mi vista no se engaña,  
ni el alma, que en ella os vió.

VIOLANTE:              ¿Cómo, si de Nueva España  
la flota que ahora llegó  
me trujo, y en esta villa  
no ha dos semanas que entré,  
un mes que dejé a Sevilla,  
ni desde que aquí llegué,  
si no es en coche o en silla,  
con las cortinas corridas,  
nunca he salido de casa?

JUAN:                      Bellezas hay parecidas,

y Amor, que es de vista escasa,  
caerá en faltas conocidas;  
si no es que ponerse intenta  
por corto de vista antojos,  
pues con ellos la acrecienta  
y ve el alma por los ojos  
lo que su luz representa.

Que, como el verde cristal,  
a quien por él quiere ver,  
suele por un modo igual  
verdes las cosas hacer,  
cual piedra filosofal;  
del mismo modo, quien ama  
si fe a sus antojos da,  
sirviendo de luz su llama,  
cuantas viere, juzgará,  
de la color de su dama.

Yo me debí de engañar.  
Ved ahora en lo que puedo  
serviros.

VIOLANTE:                   Desengañar  
os deseo.

JUAN: Ya lo quedo.

VIOLANTE: De lo que os quiero avisar,  
no lo estáis; que es de más peso,  
don Juan, de lo que pensáis;  
y, por lo que yo intereso  
en ello, aunque lo ignoráis,  
que os va la honra os confieso.  
Por huésped tenéis en casa  
a un don Pedro de Mendoza,  
que me dicen que se casa  
con un serafín que goza  
la belleza en que se abrasa.

JUAN: Hermosa y rica es mi hermana,  
aunque, delante de vos,  
cualquiera alabanza es vana.  
Casarse quieren los dos,  
si cierta duda se allana  
que ha impedido el no estar hecho;  
mas presto se efetuará.

VIOLANTE: ¿Y vendráos mucho provecho,  
si en Indias casado está  
quien tanto os ha satisfecho?

JUAN:                    ¡Don Pedro casado!

VIOLANTE:                    Sí;

o a lo menos desposado;  
que no en balde vengo aquí  
por palabras que me ha dado.

Prendas de mi honor le dí;  
en hacienda y calidad,  
si ventaja no le llevo,  
le igualo; y, en voluntad  
pues a seguirle me atrevo,  
si es mi igual vos lo juzgad.

Doña Inés de Fuenmayor,  
me da blasones mayores  
que dicha mi ciego amor.  
De agüelos conquistadores  
heredé hacienda y valor.

Ese don Pedro tirano,  
después de haber pretendido  
favores un año en vano,  
y mis desdenes sentido;  
siendo al fin Páris indiano,  
perseverando constante,

dió de mi deshonra nota;  
que, cayendo cada instante  
sobre una peña una gota,  
la rompa, aunque sea diamante.

Y apenas gozó cumplida  
la pretensión de su amor,  
cuando ordenó su partida;  
porque el ingrato deudor  
tarde paga y presto olvida.  
Su padre había concertado  
por cartas, según parece,  
con el vuestro, dar estado  
a quien mudable merece  
ser de todos despreciado;  
e, ignorante de mi ofensa,  
a España le hizo embarcar,  
dejando mi honra suspensa  
entre las olas del mar,  
donde sepultarla piensa.  
Supe su término infiel,  
y, fiada del secreto,  
al fin me embarqué tras él.

Llegué a esta corte, en efeto,  
y en su confuso Babel  
mi amor hizo información  
de quien sois; sé que se inclina  
a ponelle en posesión,  
y ser doña Serafina  
de su mudanza ocasión;  
pues luego que se casare,  
de Madrid se ausentará,  
y, sin que en dudas repare,  
tantas mujeres tendrá  
cuantas provincias mudare.  
Si no os parece que trato  
verdad, sirva de testigo,  
aunque mudo, este retrato;  
que, con ser de mi enemigo,  
no es tan descortés ni ingrato  
como él; pues, por consolarme,  
hasta aquí me acompañó;  
y después podrá abonarme  
este mío que volvió  
el inconstante a enviarme,

## *Enséñale dos retratos*

que en figuras entretiene  
mis esperanzas avaras,  
y a pagarme en caras viene;  
mas ¿qué ha de dar sino caras,  
amante que tantas tiene?  
Firmas os mostraré en suma,  
retrato de sus mudanzas,  
para que él se presuma  
su abono, pues da en fianzas  
palabras, papel y pluma.  
Juez agora podréis ser  
del agravio en que me fundo,  
si no es que pueda tener,  
quien viene del otro mundo,  
en éste nueva mujer.

JUAN:            Quisiera tener aquí  
a vuestro ofensor, por Dios,  
para castigarle así,



tanto por lo que os va a vos,  
como lo que me va a mí;  
que si Amor es semejanza,  
a quien amo os parecéis,  
ya es mía vuestra venganza;  
pero hoy, señora, veréis  
castigada su mudanza,  
y en ella el poco respeto  
que a nuestra casa ha tenido.

VIOLANTE: Sosegaos si sois discreto;  
que el remedio que he escogido,  
es más prudente y secreto.

¿De qué sirve que furioso  
darle muerte pretendáis  
con medio tan riguroso,  
si mi honor no remediáis,  
y pierdo por vos mi esposo?

Pues que tanto me parezco  
a la dama que decís,  
si por su causa merezco  
el favor que prevenís,  
y yo cortés agradezco,

suspended disimulado  
sus dudas, y no mostréis  
sentiros de él agraviado;  
que presto por mí saldréis  
de pena, y yo de cuidado.

No os digo el cómo, hasta tanto  
que llegue su ejecución.

JUAN: De esa firmeza me espanto.

VIOLANTE: Vame en esto la opinión,  
y el fin de mi injuria y llanto.

JUAN: Dígoos que pondré por vos  
freno al furor que me abrasa.

VIOLANTE: Quédese esto entre los dos,  
y servíos de esta casa.

JUAN: Vuestro esclavo soy. Adiós.

*Vase don JUAN, y sale AGUADO*

AGUADO: Bueno el embeleco va.

¿Qué es lo que nos falta agora?

¿Tienes más que mentir ya?

VIOLANTE: Volver a ser labradora  
me falta.

AGUADO: En tu ingenio está  
un Dédalo revestido:  
ya te vuelves panadera,  
ya ser indiana has fingido,  
ya Violante verdadera.

¿Dónde diablos has urdido  
tanta mentira y engaño?

VIOLANTE: Todo importa a mi sosiego.

AGUADO: ¿Qué planeta reina hogaño  
quimerista?

VIOLANTE: Amor, que ciego  
estudia contra mi daño  
trazas. Calla; que has de ver  
lo que en mis amores pasa.

AGUADO: ¡Válgate Dios por mujer!

VIOLANTE: Cierra agora aquesta casa,  
y haz al momento volver  
esa ropa al corredor;  
que no he de estar más en ella.  
Dame el traje labrador.

AGUADO: Más sabes, sin ser doncella,  
que la doncella Teodor.

VIOLANTE: Las escobas, ¿dónde están?

AGUADO: Una carga hay ahí entera,  
que cien casas barrerán.

VIOLANTE: Pues voyme a vestir, que espera  
a su Teresa don Juan.

*Vanse, y salen don GABRIEL y  
CORNEJO*

GABRIEL: Quitalle la dama quiero,  
mas no, Cornejo, la hacienda.

Porque soy don Pedro entienda,  
aunque amante, caballero;  
como amante, enredador;  
pero desinteresado  
como caballero.

CORNEJO: Has dado  
terrible arbitrio, señor,  
porque en volviéndole el oro,  
no tendremos qué gastar,  
y sin él no hay que esperar

en tu amor, cuyo decoro  
sólo ha estribado hasta ahora  
en la hacienda que trujiste,  
pues por las joyas que diste  
a tu serafín, te adora;  
y así, en faltando las galas,  
dará a tus favores fin,  
porque todo serafín  
tiene doradas las alas.

Yo al menos no te aconsejo  
disparate tan solemne.

GABRIEL: Toda esta casa me tiene  
por dueño suyo, Cornejo.

Don Gómez, mientras que llega  
la plata con que le engaño...

CORNEJO: ¿Plata? Ya tomará estaño.

GABRIEL: Liberalmente me ruega  
que de cuanto tiene haga  
lo que quisiere, y murmura  
de que, perdiendo la hechura,  
de estas joyas me deshaga.

A don Antonio escribí

cómo a esta corte he llegado.  
En tres años no he cobrado  
mis alimentos. Y así  
brevemente me enviará  
dineros con que se tenga,  
primero que al suelo venga,  
esta máquina.

CORNEJO:                                Sí hará,  
si quiere y paga mejor  
que los demás.

GABRIEL:                                Siempre ha sido,  
en cuantas cosas le pido,  
mi hermano buen pagador.  
No es como otros derramado;  
gasta poco, y mucho cobra,  
y así la hacienda le sobra,  
porque, aunque mozo, es reglado.  
Quiéreme bien, y no tiene  
más hermanos ni herederos.  
Mientras me envía dineros,  
dar priesa al viejo conviene  
y fin a tanta quimera.

CORNEJO: En dilatándose más,  
con todo en tierra darás.

GABRIEL: La amonestación tercera  
es mañana, y me parece  
que a la noche me desposo.

CORNEJO: Aquese lance es forzoso  
porque si don Pedro ofrece  
testigos que de Sevilla  
aguarda, y aprueba con ellos  
quién es, por librarnos de ellos,  
saldremos de aquesta villa  
a cencerros atapados,  
y plegue a Dios que no demos  
en la tierra.

GABRIEL: Ya estaremos  
cuando vengan, desposados.  
Agora importa buscar  
quien finja que de Granada  
viene.

CORNEJO: ¿Hay nueva trampa arma-  
da?

GABRIEL: A don Pedro ha de ir a hablar,

sin que de él sea conocido...

CORNEJO: Eso yo le buscaré.

GABRIEL: ...con cartas en que le dé  
don Antonio el bien venido,  
en respuesta de las mías.

CORNEJO: Daránse al diablo los presos.

GABRIEL: Las joyas, barras y pesos,  
sin las demás niñerías  
que trujo de Indias, valdrán  
hasta cuatro mil ducados;  
joyeros que tengo hablados,  
aqueste precio les dan.  
Ésos le he pedido al viejo,  
y éstos en oro dirá  
que le remite de allá  
don Antonio.

CORNEJO: ¡Mal consejo!

GABRIEL: De enredos vive quien ama;  
ellos me han de aprovechar;  
no le tengo de quitar  
la hacienda, sino la dama.

CORNEJO: Si te resuelves en eso,



aquí tengo un primo hermano,  
 hombre de bien y asturiano;  
 traeréle, y llevará al preso  
 ese dinero, fingiendo  
 que ayer de Granada vino;  
 mas, por Dios, que es desatino  
 lo que intentas.

GABRIEL: Yo me entiendo.

Éste es don Juan, mi cuñado.

Anda, y busca ese pariente.

CORNEJO: Voy.

*Vase CORNEJO y sale don JUAN*

JUAN: (¡Que un caballero intente

Aparte

tal engaño! A no haber dado

mi palabra a doña Inés,

yo castigara este día

su ingrata descortesía.

Pero aquí está.)

GABRIEL: ¡Don Juan! Pues,  
¿de qué venís pensativo?

JUAN: No sé qué imaginación  
me entristece.

GABRIEL: ¿Es pretensión  
de alguna dama?

JUAN: No vivo  
tan sujeto a esas quimeras,  
que, en lo que por pasatiempo  
tomo, gaste todo el tiempo;  
negocios son de más veras.

GABRIEL: Pues yo tengo el alma toda  
ocupada en el deseo  
de mi Serafina, y creo  
que el dilatarse esta boda  
ha de apresurar mi muerte.

JUAN: Si ya amonestado estáis,  
y mañana os desposáis,  
¿qué teméis?

GABRIEL: Mi poca suerte,  
que está llena de desvelos,  
y cada instante se muda.

JUAN: (El malhechor siempre duda;  
Aparte  
que el pecar todo es recelos.)

GABRIEL: Voy a ver mi serafín.

*Vase don GABRIEL*

JUAN: De tu vida y mi venganza  
será fin, de tu esperanza  
e intentos no serafín.

Pero, imaginación loca,  
¿posible es que os engañéis,  
y que lo que visto habéis,  
ojos, os niegue la boca?  
Alma, vos sois a quien toca  
desatar esta quimera;  
siempre salís verdadera;  
deklaradme ahora pues  
si la indiana doña Inés  
es mi hermosa panadera.

Negaré el entendimiento  
esta imposibilidad;  
mas dirá la voluntad  
que acierta mi pensamiento;  
pues aunque no hay fundamento  
para mi imaginación,  
la amorosa turbación  
con que la vi, considera  
que nunca el alma se altera,  
si no es con mucha ocasión.  
Diréis que la semejanza  
hizo ese milagro en mí,  
porque retratada ví  
en sus ojos mi esperanza.  
Sí; pero ¡tanta mudanza  
en un instante! eso no;  
que aunque su traje engañó  
los ojos que dejó en calma,  
como es espíritu el alma  
sus vestidos penetró.  
Sí; pero ¿por qué razón  
se había de disfrazar?

Celos, si os damos lugar,  
diréis que aquella invención  
fué por tener afición  
a don Pedro. Pues, ¿quién pudo  
darla aquel traje? Mal dudo;  
que en la corte se halla todo.  
¿Y el trocar por aquel modo  
en estilo noble el rudo?  
Con la costumbre y el trato,  
suele en un buen natural  
trocar en seda el sayal.  
Si está en Madrid cada rato,  
¿por qué mis dudas dilato?  
Mas, ¡ay Amor quimerista!  
Si engañándoos sois sofista,  
haced que por vos arguya  
mi labradora, y concluya  
mis recelos con su vista.

El no venir este día  
a verme aumenta mis celos.

*Doña VIOLANTE pregona de dentro*

¡Y a las escobas!

JUAN: ¡Ay cielos!

VIOLANTE: ¡Escobas de algarabía!

JUAN: ¡0 voz que mi dicha canta,

y mi esperanza despierta,

mi sospecha deja muerta,

y mis temores espanta!

Ya, ni temo, ni sospecho;

ya, en verla, resucité.

*Sale doña VIOLANTE, de labradora con una carga de escobas a cuestas*

VIOLANTE: ¡Valga el diablo a su mercé!

¿Que acá estaba?

JUAN: Un Argos hecho,

un mártir de vuestra ausencia.

¿Cómo ha salido hoy tan tarde  
el sol que me abrasa y arde?

VIOLANTE: He tenido una pendencia  
hoy con mi viejo, y no quijo  
dejarme venir más presto.

JUAN: ¿Pendencia?

VIOLANTE: Y aun, pues no han  
puesto  
las manos el padre e hijo  
en mí, no es poca ventura.

JUAN: Matarélos yo.

VIOLANTE: ¡Verá!

El doctor los matará  
que da de comer al cura.

JUAN: Pues ¿por qué la riña fué?

VIOLANTE: Porque ha dado en cabezudo.  
Mas de decírselo dudo;  
que le ha de pesar a fe.

JUAN: ¿Cómo?

VIOLANTE: Si me quiere bien,  
por fuerza le ha de pesar  
de que me quieran casar.

JUAN: ¿Casaros? ¿Cuándo o con quién?

VIOLANTE: ¿Cuándo? Mañana temprano;  
que ansín el cura lo dijo.

¿Con quién? Con Antón, el hijo  
de mi viejo Bras Serrano.

¿Cómo? Con juntar las palmas  
al tiempo que el sí pregunten;  
mas ¿qué importa que las junten,  
si no se juntan las almas?

¿Dónde? En cas del escribén  
que mos hace la escretura.

¿Por quién? Por mano del cura,  
delante del sacristén.

JUAN: Y vos ¿qué habéis respondido?

VIOLANTE: Que desde ví el otro día  
los visajes feos que hacía  
pariendo la de Garrido,  
no casarme había propuesto  
por no verme en apretura,  
y porque en la paridura  
sintiera el tener mal gesto.

JUAN: Y en fin...



VIOLANTE: En fin, lloró Antón,  
enojóse la tendera,  
rogómelo la barbera...  
tengo brando el corazón;  
y, mostrándome un sayuelo  
con vivos de carmesí,  
entre dientes le dí el sí...

JUAN: ¿Sí, distes?

VIOLANTE: Mirando al suelo.

JUAN: Pues, ¿qué tengo de hacer yo?

VIOLANTE: Su mercé debe burlarse.  
Pues ¿había de casarse  
conmigo?

JUAN: Pues ¿por qué no?

VIOLANTE: ¿A fe que se casaría?

JUAN: ¡Ay cielos! ¿No os lo juré?

VIOLANTE: Es verdad, no me acordé;  
pero aun no es pasado el día.

JUAN: ¡Que el engaño aun en sayales  
viva!

VIOLANTE: No llore; verá...

JUAN: ¿Qué he de ver?

VIOLANTE: ¿Qué? En yendo allá,  
pujar la novia en seis reales;  
podrá ser que se la lleve;  
que así cada año se arrienda  
la taberna, con la tienda.

No se afrija: puje y pruebe.

¿Habemos de habrar de veras?

JUAN: ¿Luego éstas, burlas han sido?

VIOLANTE: En cuanto al darme marido,  
nuevas traigo verdaderas;  
y en cuanto a arrojar el sí,  
aunque por fuerza, también.

JUAN: Pues ¿qué resta?

VIOLANTE: El querer bien  
su mercé; que si es así,  
todo puede remediarse.

JUAN: Haz prueba en mi voluntad.

VIOLANTE: Si que me quiere es verdad,  
mañana puede mostrarse.

Diga acá que es mi madriño,  
que en Vallecás lo desean,  
y lleve amigos que sean

para todo, que imagino  
que serán bien menester.  
Y cuando juntos estemos,  
y con el cura lleguemos  
como se acostumbra her,  
pescudará el licenciado,  
"¿Queréis a Antón por esposo,  
vos, Teresa de Barroso?"  
Diréle yo, "De buen grado  
quiero por dueño a don Juan."  
Y si él responde, "Y yo a vos,"  
tan matrimeños yo y vos  
somos, como Eva y Adán.  
Si ofendernos pretendieran  
allí habrán de andar las manos;  
mas si temen cual villanos,  
y dejándonos se fueren,  
viviremos con descanso,  
él pagado y yo contenta;  
y si no quiere, haga cuenta  
que hablé por boca de ganso.

JUAN:                    Labradora de mis ojos,

aunque atropelle imposibles,  
para quien no ama terribles,  
de mi padre los enojos,  
de mis deudos sentimientos,  
la poca averiguación  
de tu estado y opinión,  
y otros mil impedimentos,  
tu prisa y mi voluntad  
me obliga a pasar por todo;  
a tu engaño me acomodo,  
no temo dificultad.

Yo iré a Vallecas mañana,  
tus desposorios prevén.

VIOLANTE:     Pardiez que es hombre de bien.

JUAN:           Acá ha salido mi hermana.

Vete con Dios.

VIOLANTE:                 Es mi amiga;

sus galas me ha de prestar,  
para que todo el lugar  
me dé mañana una higa.

JUAN:           Pues con ella aquí te queda;  
que yo voy a prevenir

los que conmigo han de ir.  
¡Quiera Amor que bien suceda!

*Vase don JUAN y se retira doña VIOLANTE quedándose a la puerta por donde entró. Salen doña SERAFINA y don GABRIEL*

SERAFINA: Creed, don Pedro, de mí  
que si a vos las horas son  
años en la dilación,  
desde el instante que os ví,  
juzgo un siglo cada día  
que sin vos el alma pasa.

*Doña VIOLANTE pregona*

VIOLANTE: ¿Quieren escobas en casa?

SERAFINA: ¿Escobas?

VIOLANTE: De algarabía.

SERAFINA: Pues, Teresa, ¿qué mudanza

de oficio es éste?

VIOLANTE:                                   Señora,  
todos son de labradora,  
y aun con todo, el pan no alcanza.

Ya vendo trigo, ya escobas,  
y enojos también vendiera,  
si hallara quien los quisiera.

GABRIEL:    ¿Vos enojos?

VIOLANTE:                                   Por arrobas.

GABRIEL:    ¿Quién os los da?

VIOLANTE:                                   ¡Qué sé yo!

Bellacos que andan de noche,  
y engañan a trochemoche  
a quien de ellos se fió.

Si no hubiera tantas bobas,  
no hubiera embeleco tanto.

GABRIEL:    No os entiendo.

VIOLANTE:                                   No me espanto.

¿Han menester acá escobas?

GABRIEL:    Por ser vos quien las vendéis,  
gana de comprarlas dais.

VIOLANTE:    Por ser vos quien las compráis,

gana de irme me ponéis.

GABRIEL: ¿Pues tan mal estáis conmigo?

VIOLANTE: No son buenos barrenderos  
hombres.

SERAFINA: Y más caballeros  
amantes.

VIOLANTE: También lo digo;  
aunque vos tenéis figura,  
cuando barrer os agrada,  
a la primer escobada  
como si hubiera basura,  
echar hombres al rincón,  
barriendo la voluntad.

SERAFINA A la margen apuntad,  
don Pedro, aqueste renglón.

GABRIEL: ¿Conocéisme vos?

VIOLANTE: Sois mozo,  
y todos pecáis en esto.

GABRIEL: Colorada os habéis puesto.  
Quitaos un poco el rebozo;  
veré si la boca es tal  
como lo que descubrís.

VIOLANTE: Si verdades de ella oís,  
oleráos mi boca mal;  
que la verdad que es más clara,  
enturbia más.

GABRIEL: No hayáis miedo.

VIOLANTE: Arre pues; estése quedo,  
que le barreré la cara.

GABRIEL: ¿Caras barréis?

VIOLANTE: Si comienza  
a atreverse, lo verá,  
aunque bien barrida está  
vuesa cara de vergüenza.

SERAFINA: Sacudida es la villana.

VIOLANTE: Por sacudirme de sí  
otro villano hasta aquí;  
mas vengaréme mañana.

GABRIEL: Celos de algún labrador  
tenéis. ¿Quebróos la palabra?

VIOLANTE: Sí, mas la tierra que labra,  
a otro dará fruto y flor.

SERAFINA: ¿Cómo es eso?

VIOLANTE: Es cosa y cosa



que sólo la acierta yo.

¿Quieren escobas, o no?

GABRIEL: La villana está donosa.

Entretengamos un rato  
con ella el tiempo.

VIOLANTE: Sí hará,  
mas presto se cansará,  
que es gitano y muda el hato.

GABRIEL: Conmigo tenéis la tema.

VIOLANTE: Con él y con cuantos hombres  
sin obras tienen los nombres.

¡Mal haya quien no los quema!

GABRIEL: De entenderos me holgaría.

VIOLANTE: Entenderme fuera mengua  
de las escobas la lengua.

¿Aprende él algarabía?

GABRIEL: ¿Todas de esa especie son?

VIOLANTE: También las hay de retama,  
y a fe que amarga su rama;  
que tienen la condición  
de estos mozos sin consejos,  
en las promesas almíbar,

y en el cumplimiento acíbar,  
buena vista y malos dejos.

GABRIEL: Picada venís, a fe.

VIOLANTE: Picóme un bellaco ell alma.

GABRIEL: ¿Traéis escobas de palma?

VIOLANTE: Pues con él ¿hay palma en pie?

Pardiez, si fe al talle damos,

que, en su modo de mirar,

tien talle de despalmar

todo un domingo de Ramos.

No busque entre cortesanos

ni vino, ni palmas puras,

que no están de ellos seguras

ni aun las palmas de las manos.

GABRIEL: Sátira sois vos con alma.

VIOLANTE: Ya los moriscos se fueron,

que por las calles vendieron,

señor, esteras de palma.

GABRIEL: (Demonio es esta mujer,

Aparte

en traje de labradora.)

Adiós.

SERAFINA:           ¿Vaisos?

GABRIEL:            Tengo agora  
cierto negocio que hacer.

*Vase don GABRIEL*

VIOLANTE:        Pues solas mos han dejado,  
decirla un secreto tengo.

Ella pensará que vengo  
soldemente con cuidado  
de vender y de her dinero;  
pues si lo piensa, se engaña;  
el decirla una maraña,  
por lo mucho que la quiero,  
me ha traído. Como voy  
vendiendo, y do quiera me entro,  
a veces cosas encuentro  
que al enemigo las doy.  
Sabrá pues que yo he sabido  
que, aunque éste casarse tiene  
con ella, de allá do viene,

una mujer ha traído  
--de allá de Indias o de Irlanda--  
con quien diz que vive mal;  
y porque agora la tal  
las bodas no estorbe en que anda,  
hoy a Vallecas la lleva,  
diciendo que la justicia  
tiene de su amor noticia;  
y ella su mudanza aprueba  
mientras este rumor pasa.  
Esto oí desde el zaguán  
ayer yendo a vender pan,  
y hallando este hombre en su casa.  
Por eso mire primero  
a quién toma por marido.

SERAFINA: ¿Mujer de Indias ha traído?

VIOLANTE: Y no mocosa.

SERAFINA: ¿Qué espero?

¿Dónde vive esa mujer?

VIOLANTE: Junto a Lavapiés vivía;

mas, si se muda este día,

¿qué intenta?

SERAFINA: Hacerla prender,  
y no casarme después  
con hombre que me ha engañado.

VIOLANTE: Un ángel pintiparado  
la dama indianesa es.

¿Luego ella creyó que hablaba  
con el buen señor a bobas?

Cuando aquí entré con escobas,  
pullas a pares le echaba  
pues sepa que, aunque villana,  
todo se me entiende.

SERAFINA: En fin

¿trae una mujer rüín  
consigo?

VIOLANTE: Mire: mañana  
me caso yo, con perdón;  
vaya su merced allá,  
y en Vallecas la verá.

SERAFINA: ¿Vos os casáis?

VIOLANTE: Con Antón;  
y el señor don Juan, su hermano,  
quiere ir a ser mi padrino.

No es enfadoso el camino  
de aquí allá, sí corto y llano.

Hágase padrina mía,  
y dígaselo a don Juan;  
que, si entrambos allá van,  
fuera de darse un buen día,  
yo le enseñaré la moza.

SERAFINA: Dices bien; a tu lugar  
tengo de ir, y allá llevar  
a don Pedro de Mendoza.

VIOLANTE: En fin, ¿será mi madrina?

SERAFINA: Pues.

VIOLANTE: ¡Bendíganla los cielos!  
Porque madrina, y con celos,  
no hay habrar, irá divina.

SERAFINA: Los celos ¿hacen hermosa?

VIOLANTE: Do quiera que hay competen-  
cia,  
echa el resto la presencia;  
linda irá, si va celosa.

Yo no estaré de provecho,  
si a mi lado, en fin, la saco;

mas no caben en un saco  
la honra con el provecho.  
Pues con ella me honro y medro,  
ventaja en todo la doy.

Adiós.

SERAFINA:           ¿Vaste?

VIOLANTE:           Al lugar voy.

*Vase doña VIOLANTE*

SERAFINA:    ¡Oh traidor! ¿Vos sois don Pe-  
dro?

No dicen obras y nombres.

Razón el que afirma tiene  
que cuanto de Indias nos viene  
es bueno, si no es los hombres.

*Vase. Salen, de presos, don PEDRO y  
AGUDO*

PEDRO: Basta, que no hay quien nos crea.

AGUDO: Pues paciencia y barajar,  
que poco puede tardar  
de Sevilla quien desea  
desmarañar este enredo  
y darnos a conocer.

PEDRO: Así me lo escribió ayer  
el capitán Juan de Oviedo,  
en cuya nave venimos;  
pero temo que entre tanto  
que se deshace este encanto  
y aquesta prisión sufrimos,  
se case este enredador,  
que dará a sus bodas prisa,  
como el peligro le avisa.

AGUDO: El serafín de tu amor  
¡habrá gentil lance echado  
en sabiendo esta quimera!

*Sale VALDIVIESO, viejo*



VALDIVIESO: ¿Sois vos don Gabriel de  
Herrera,  
que ha sido en Flandes soldado?

PEDRO: Otra tentación; Agudo,  
¿qué responderé?

AGUDO: Que sí,  
pues, de no afirmarlo así,  
que al Nuncio nos lleven dudo.

PEDRO: ¿Qué es, señor, lo que mandáis?

VALDIVIESO: Mucho en conoceros gano.  
Don Antonio, vuestro hermano,  
de que de Flandes vengáis,  
se huelga, y ésta os escribe  
en respuesta de la vuestra.

PEDRO: Lo mucho que me ama muestra.  
¿Cómo está?

VALDIVIESO: Achacoso vive;  
mas no olvidado de vos,  
pues os envía conmigo  
cuatro mil escudos.

AGUDO: (Digo Aparte

que ya vuelve a vernos Dios.)

PEDRO: ¿Cuántos, señor?

VALDIVIESO: Cuatro mil.

Supe que estábades preso  
por un extraño suceso  
que me contó un alguacil;  
y, aunque llegué de Granada  
ayer, os vengo a ver hoy.

*Lee el papel*

PEDRO: ¡En qué de deudas le estoy!  
A ocasión viene extremada  
el dinero; que, sin él,  
nunca saliera de aquí.  
Lo que me escribe leí,  
y sólo dice el papel  
que, en dando a mis pretensiones  
asiento, a verle me parta,  
y que el que trae esta carta  
me dará dos mil doblones.

VALDIVIESO: Venid, señor, a contarlos;  
que aquí los traigo conmigo.

PEDRO: El alcaide, que es mi amigo,  
Cornejo, podrá guardarlos.

AGUDO: ¿Yo soy Cornejo?

PEDRO: ¿Qué quieres,  
si me hacen don Gabriel?

¿Qué aguardas? Vete con él.

AGUADO: Ya parte del hurto adquieres.

PEDRO: Yo cobraré lo demás.

AGUDO: Doblones del alma mía!  
Venid, hidalgo.

VALDIVIESO: Cada día  
estaré con vos de hoy más.

*Vanse los dos*

PEDRO: ¿Qué he de hacer? Todos han  
dado  
que soy don Gabriel. Sin duda  
la Fortuna se me muda,

después que el nombre he mudado.  
Ésta era la cantidad

que truje en oro y en perlas;  
si en doblones llevo a verlas,  
pase plaza de verdad  
esta mentira; que así  
las libranzas cobraré,  
hasta que en Madrid esté  
quien dé noticia de mí.

*Sale don LUIS*

LUIS: ¿Sois vos, señor caballero,  
don Gabriel de Herrera?

PEDRO: (¿Hay cosa Aparte  
en el mundo más donosa?  
Como traiga más dinero,  
habré de decir que sí;  
si mis libranzas me diera,  
lo que él me mandara fuera.)

LUIS:           ¿No halláis méritos en mí  
para responderme?

PEDRO:                           Digo  
que el veros me divirtió,  
y entre un confuso sí y no,  
estoy dudando conmigo.

LUIS:           Pues para mí el "no" dejad;  
que el "sí" por verdad estimo.  
Don Luis soy, vuestro primo;  
los nobles brazos me dad.

PEDRO:           ¿Quién sois?

LUIS:                           Don Lúis de Herrera,  
que, deseoso de veros,  
serviros y conoceros,  
a pesar de la quimera  
en que vuestro amor ha dado,  
os vengo a dar libertad.

PEDRO:           Mi ignorancia perdonad.  
No supe, a fe de soldado,  
que tal pariente tenía  
en la corte.

LUIS:                           En fin, ¿ya puedo

llamaros don Gabriel?

PEDRO: Quedo  
corrido. Amor desvaría.

¿Qué no puede una mujer?

Si el alma muda en un hombre,  
no es mucho que mude el nombre.

LUIS: Bien sabéis por vos volver.

Si fuérades tan constante  
como enamorado os veo,  
que no se quejara creo  
de vos la hermosa Violante,  
que, atropellando caminos  
por quien su fama atropella,  
está aquí.

PEDRO: ¿Cómo?

LUIS: Por ella  
supe vuestros desatinos.

Dadme licencia que así  
los llame, por lo que os quiero.

¿Posible es que un caballero  
tan poca estima de sí  
haga, que palabras quiebre,

y obligaciones de honor  
huya, manchando el valor  
con que es bien que se celebre?

¿Merece tal hermosura  
este pago? ¿Qué decís?

PEDRO: ¿Es posible, don LUIS,  
que está aquí?

LUIS: Y en coyuntura,  
que a intercesión suya  
hoy soltaros hice en fiado.  
Sus agravios me ha contado...

PEDRO: ¿Pues sabe que preso estoy?

LUIS: ¿Pues no lo había de saber?

PEDRO: ¿Y afirma que el que está preso  
es don Gabriel?

LUIS: ¡Bueno es eso!  
Pues si sois vos, ¿qué ha de hacer?

PEDRO: ¿Ha visto a mi opositor?

LUIS: No sé, por Dios.

PEDRO: (¡Cosa extraña! Aparte  
Como a los demás la engaña  
aqueste común error.

Pero salga yo de aquí;  
que, en viéndome, cesará,  
este enredo, y volverá,  
como por su honor, por mí.)

LUIS:                   ¿En qué os habéis divertido?

PEDRO:               ¿Qué queréis? No sé qué diera  
porque sabido no hubiera  
mis desatinos.

LUIS:                   Han sido  
estímulos de su amor;  
todos los perdonará  
como os canséis, primo, ya  
de hacer ofensa a su honor.

En Vallecas es madrina  
de una bella labradora.

PEDRO:               ¿Violante?

LUIS:                   Sí.

PEDRO:               ¿Cuándo?

LUIS:                   Agora.

Que os lleve allá determina,  
porque se ha de convertir  
de madrina en desposada;



palabra la tengo dada  
por vos, y luego habéis de ir  
conmigo, pues estáis suelto.

PEDRO:           Alto, aquesto ordena Dios.

Confesaré que por vos  
el seso el cielo me ha vuelto.

Ya el alma tiene borrada  
a la Serafina bella  
de suerte que, por no vella,  
pienso partirme a Granada  
al punto.

LUIS:                   El mejor bocado  
para la postre os guardé.

Primo, un pésame os daré  
de un pláceme acompañado,  
un luto, de oro cubierto.

Tenga a don Antonio Dios,  
y déos larga vida a vos.

PEDRO:           ¿Cómo?

LUIS:                Vuestro hermano es muerto.

PEDRO:           ¡Válgame el cielo!

LUIS:                   Heredáis

tres mil ducados de renta.

PEDRO: El dolor es de más cuenta  
que las nuevas que me dais.

LUIS: Ahora bien, dejemos eso;  
que es agridulce el pesar  
que sentís. Vamos a hablar  
al alcaide cuyo preso  
sois, para que os suelte luego,  
que estará doña Violante  
con inquietudes de amante,  
y en viéndoos tendrá sosiego.

PEDRO: Vamos. (Salga yo de aquí;  
Aparte  
desharáse este nublado.)  
¡Ay hermano malogrado!  
¡Qué de ello con vos perdí!

*Vanse. Salen AGUADO y BLAS Serrano*

AGUADO: Digo, pues, ya que Teresa  
a esto está determinada,

y asegurando peligros  
me ha soltado la palabra,  
que, por dar buena vejez  
a mis padres, y en Ocaña  
satisfacer mis parientes,  
que a Teresa buscando andan,  
para que dándole muerte  
no hereden sangre villana,  
como ellos dicen, los hijos  
que sucedan en mi casa;  
que con Antón se despose,  
pues ella gusta, y él la ama,  
y son iguales los dos;  
que yo ofrezco de dotarla  
en cuatrocientos ducados;  
daremos fin a las ansias  
de mis padres, y con ella  
cumplirá Antón su esperanza.

BLAS:        Pardiez, señor don Alejo,  
que, aunque en viñas vendimiadas  
nunca anduve a la rebusca,  
es tanto lo que me mata

este tonto de mi hijo,  
que, porque no se me caiga  
muerto un día de repente  
--que no es mucho, según anda--  
habré de callar; pues él  
gusta de melón sin cata,  
de ropa que está traída,  
de zapato que otro calza,  
allá con ella se avenga,  
y muy buena pro le haga,  
San Pedro se la bendiga,  
y mi bendición les caiga.

*Sale doña VIOLANTE, de labradora*

VIOLANTE: Pues ¿qué tenemos de boda?

BLAS: Ya, Teresa, o poco o nada.

AGUADO: Hija sois de Blas Serrano,  
si hasta aquí fuistes criada.

VIOLANTE: Pues no piense, suegro mío,  
que me he dormido en las pajas.

Madrino tengo y padrina.

BLAS: ¿Quién son?

VIOLANTE: Gente cortesana.

El madrino, por lo menos,  
será don Juan de Peralta,  
en cuya casa doy pan,  
y la padrina su hermana.

Yo apostaré que ya, llegan.

BLAS: Voy, pues, a poner de gala  
a Antón, y a pedirle albricias.

VIOLANTE: Vístale, padre, de pascua;  
llame al cura y sacristán,  
a los alcaldes, a Olalla,  
y en fin, llame a todo el pueblo;  
que la casa tien bien ancha.

BLAS: ¿Y ha de haber baile?

VIOLANTE: ¿Pues no?

Pero Alfonso, el de Barajas,  
mos tocará el tamboril  
Gil Carrasco las sonajas,  
y Mari Crespa el pandero.

BLAS: ¿Y ha de haber colación?

VIOLANTE: Traiga

nuégados, tostones, peros,  
vino, nueces y castañas.

AGUADO: Gastaldo a mi costa todo.

BLAS: Yo vo. (¡Qué regocijada

Aparte

que anda el diablo de la moza!

Mas es mujer, ¿qué me espanta?

Dieran ellas, por casarse

una vez cada semana,

un dedo por cada boda,

aunque se quedaran mancas.)

*Vase BLAS*

VIOLANTE: ¿Qué dices, Aguado, de esto?

AGUADO: Que eres Pedro de Urdemalas.

VIOLANTE: Di Teresa de Urdebuenas.

La corte tengo enredada.

AGUADO: Tu hermano viene acá y todo;

que don LUIS dió palabra,

porque al preso consintiese  
soltar, de hacer que, olvidadas  
injurias, fuese a Valencia  
con él, y diese a su hermana  
satisfacción amorosa,  
y la mano con el alma.

Habló tu hermano a don Pedro,  
y él, que entre invenciones tantas,  
y verse sin culpa preso,  
o está loco o poco falta,  
concedió con cuanto quiso,  
y vienen acá.

VIOLANTE:                           ¡Extremada  
novela se puede hacer,  
Aguado, de esta maraña!

AGUADO:        Dos coches llegan de rúa.  
Ellos serán.

VIOLANTE:                           ¡Qué bizarra  
que viene la Serafina!

AGUADO:        Tráenla celos, ¿qué te espanta?

*Por una puerta salen don VICENTE, don JUAN,  
don  
GÓMEZ, doña SERAFINA, CORNEJO y don  
GABRIEL; y por  
otra don LUIS, don PEDRO y AGUDO*

GÓMEZ: Pregunten adónde viven  
el novio y la desposada.

VIOLANTE: ¡Oh señores! Bien venidos;  
todo el pueblo los aguarda.

SERAFINA: Pues, ¿cómo no estáis de boda?

VIOLANTE: Acá de un golpe se encajan  
las galas, como bonete;  
mientras que tañen y bailan,  
me pondré de veinte y cinco.

*Vase doña VIOLANTE*

PEDRO: (Basta, que ésta es la villana  
Aparte



que también de mí hizo burla.)

GABRIEL: ¿Qué es esto? ¿Ya don Pedro anda  
suelto y libre y tan contento?

CORNEJO: ¿Qué quieres? Dios ve las  
trampas.

PEDRO: (Sólo espera mi ventura  
Aparte  
que doña Violante salga,  
y de don Gabriel me vengue.)

AGUADO: (Cosa ha de ser extremada,  
Aparte  
cuando de manos a boca  
cogiéndole, se deshaga,  
a costa de su vergüenza,  
aquesta torre encantada.)

GABRIEL: ¿A qué, mi bien, me traéis  
a esta boda?

SERAFINA: A que una dama  
veáis, de quien tengo celos,  
que han de parar en venganzas.

GABRIEL: ¿Celos de mí?

SERAFINA: ¡Bueno es eso!

Todo se sabe.

GABRIEL: Ya bastan,

si son burlas.

SERAFINA: Sí serán,

y yo en ellas la burlada.

PEDRO: ¿Cuándo, señor don Vicente,  
hemos de partir?

VICENTE: Mañana.

LUIS: Yo sé que antes que a Valencia,  
gustaréis ver a Granada,  
y tomar la posesión  
de su mayorazgo y casa  
a don Gabriel.

VICENTE: Danme prisa  
sentimientos de mi hermana.

PEDRO: Presto se convertirán  
en regocijos sus ansias.

VICENTE: ¿Cómo, si no es yendo a verla?

PEDRO: Escribiéndola una carta.

SERAFINA: ¡Gallardo padrino hacéis!

JUAN: Y vos madrina gallarda.

(¡Ay villana de mis ojos!                   Aparte  
¿Si ha de llegar mi esperanza  
al colmo de mis deseos?)

*Sale BLAS Serrano*

BLAS:           Oh señores! ¿Acá estaban?  
Con los buenos años vengan.  
La aldea dejan honrada.  
Pero esperen, que ya sale  
a verlos la desposada,  
a lo de corte como ellos,  
tiesa y engorgollotada.

JUAN:           ¿Qué es del novio?

BLAS:   De Madrid  
trujo unos diabros de calzas  
de alquiler, y hase perdido  
entre tantas cuchilladas.

*Sale de dama doña VIOLANTE*

VIOLANTE: Primero que los vecinos de Vallecas a ver salgan el fin de tantos enredos, es razón que se deshagan. Don Gabriel, vos sois mi esposo, y yo, puesto que injuriada, doña Violante, que trueca en amores sus venganzas. En prueba de esta verdad, firmas alego y palabras delante de don Vicente, que es el juez de nuestra causa. Vos, don Pedro de Mendoza, por más que truecos de Arganda usurpar hayan querido vuestro nombre y vuestra dama, gozad vuestro serafín; que, si trabajos alcanzan premios de amor, su hermosura con razón los vuestros paga. Perdonad, don Juan, mis burlas;

que, si tuviera dos almas,  
dueño la una os hiciera;  
mas la que tengo es esclava.

Don Luís, de mi remedio  
os doy las debidas gracias,  
los brazos a don Vicente,  
y a mi esposo la constancia  
del corazón que le adora.

GABRIEL:      Lo que en mis disculpas falta,  
suplirá desde hoy mi amor,  
venturoso, si es que alcanza  
de don Vicente y don Pedro  
perdón y amistad.

PEDRO:                                    No agravian  
burlas de amor, cuando tienen  
tan buen fin.

VICENTE:                                Siendo mi hermana  
esposa vuestra, ¿quién duda  
que mi injuria está olvidada?

GABRIEL:      Guardada, señor don Pedro,  
os tengo vuestra libranza,  
y el precio de vuestras joyas

hice que en oro os llevaran  
por el modo que sabéis.

PEDRO: El amante todo es trazas.

SERAFINA: Yo la daré desde hoy  
de pagaros con el alma  
la burla que de vos hice.

PEDRO: Si me amáis, ¿qué mayor paga?

LUIS: Supuesto que sois mi primo,  
y que de aquestas marañas,  
como a todos los presentes,  
su parte también me alcanza,  
dad a don Luis de Herrera  
los brazos.

GABRIEL: Si en Madrid hallan  
mis dichas tan buen suceso,  
desde hoy la tendré por patria.

LUIS: Pues volvámonos a ella;  
que, para que no sea aguada  
esta fiesta, yo os diré  
lo que ignoráis de Granada.

BLAS: Pues el novio ¿qué ha de her  
después que gastó en las bragas

un ducado?

VIOLANTE:                    Con quinientos  
que os prometo, renovarlas.

PEDRO:            Alto: a los coches, señores.

VIOLANTE:    Yo soy, si acaso os agrada,  
la villana de Vallecas;  
mas, si no, no seré nada.